

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

*De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas y Documentos*

TOMO XXXVIII

(Nos. 905 a 928)



Rubén Darío

16, enero, 1867 — 6, febrero, 1916

(A los 40 años probablemente, cuando hizo
viaje a su patria, Nicaragua, en 1907-8).

- *Soy un hijo de América, soy un nieto de España...*
- *...Mi piqueta
trabaja en el terreno de la América ignota.*
- *¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo
y habían revivido en mí aientos ancestrales.*
- *La América española como la España entera
fija está en el Oriente de su fatal destino,...*
- *¿Callaremos ahora, para llorar después?*
- *... ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!*
- *Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.*
- *¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!*

EDITOR: J. GARCIA MONGE

San José de Costa Rica

Imp. Borrásé Hnos.

1941

Rubén Darío

Por RICARDO JAIMES FREYRE

(Discurso leído en el Teatro de la Opera de Buenos Aires, la noche del 21 de mayo de 1916, en el homenaje público que los intelectuales argentinos tributaron a la memoria de Rubén Darío.—Recorte de La Nación. Bs. Aires).

Ni los que hoy tienen los cabellos blancos, ni los que esperan aún, como se espera el mediodía, la llegada de esa edad en que el Dante encontró a Virgilio, alcanzarán a comprender lo que significa el nombre de Rubén Darío para los artistas que eran adolescentes cinco lustros atrás. Porque resistieron a la ola que avanzaba o porque llegaron cuando sus espumas emblanquecían ya todas las playas, no pueden formarse un concepto cabal de la suma de entusiasmos, de esperanzas, de ensueños y de belleza que despertó en los espíritus juveniles la aparición radiosa del maestro.

Era una época de transición, llena de inquietudes y de escepticismo. La gran voz romántica se había extinguido entre el desconcierto de los discípulos; el neo clasicismo, estrecho y sin horizontes, falsaba o deformaba el viejo ideal pagano; triunfaban los naturalistas, que proclamando la observación y el análisis como medio y como fin del arte, se convertían en reflectores de todas las miserias; la pequeña pléyade parnasiana proscribía la pasión antorcha de la poesía. Alzábanse, aquí y allá, pobres capillas, en las que oficiaban sacerdotes sin genio y en los que hierofantes oscuros iniciaban a los neófitos en dudosos misterios.

Tal era el espectáculo que ofrecía el mundo poético de nuestra raza cuando comenzaron su obra los revolucionarios franceses de 1885.

Casi al mismo tiempo resonó en América la voz de Rubén Darío. Fue una música nueva, de sonoridades inesperadas, de infinita dulzura, de profunda armonía. Sentíase que ese raudal brotaba de un pecho juvenil, que no era la voz de un maestro, pero que la agitaba un milagroso numen.

El poeta estaba muy lejos de afiliarse en una escuela; más lejos todavía de pretender crearla y de erigirse en reformador literario. Su imaginación poderosa comenzaba la exploración de regiones desconocidas, cuya misma existencia le era apenas revelada por la intuición; pero sabía, en cambio, que todas las otras habían sido profanadas por la vulgaridad, por los conceptos falsos del arte, por el remedo grotesco, por la impureza del propósito, por la contaminación del ambiente.

Cuando alcanzó a conocer la labor de los nuevos poetas de Francia, su ideal de arte y de belleza no hizo más que afirmarse. Ciertos procedimientos técnicos, algunos campos vírgenes, la influencia general del ambiente, he ahí todo lo que Rubén Darío debe a los simbolistas y a los decadentistas de París. Y esa misma deuda fué limitada por las exigencias de la sonora y luminosa lengua castellana, cuya armonía se vierte en maravillosos ritmos, que no alcanzó nunca la francesa, y que fueron prodigiosamente enriquecidos por el gran poeta.

Las más audaces de sus innovaciones, aun las recibidas en su aparición con sorpresa y pasmo, no lle-

gan, ni siquiera se aproximaban a las que constituían la manera habitual de los reformadores finiseculares de las orillas del Sena, que franqueaban libremente las fronteras del extravío. El tiempo ha lanzado ya su fallo definitivo y formidable; la gloria del poeta americano crece y se magnifica, mientras se pierden en la penumbra la notoriedad o la fama de los europeos. Las estrofas soberanas de Rubén Darío son hoy tan claras, tan nítidas, tan asquibles para los espíritus medianamente cultivados, como lo eran para nosotros en los tiempos de la lucha por el llamado modernismo; y el asombro nuestro ante la incompreensión—realidad o alarde—de los conservadores, no fué menor que el que sentirá hoy cualquiera que escuche una estrofa del maestro.

Rubén Darío no era un fetichista ni fué un iconoclasta. Su cultura, muy extensa y muy honda, se había abrevado en las puras y serenas fuentes clásicas, y sabía cuán rico es el caudal de belleza que atesoran, y cómo pueden aún saturar de fresca el ambiente y poblar de armonías el aire como musicales gárgolas. Su poesía está llena de los viejos mitos paganos; le obsedian el cisne de Leda y el cinturón de Afrodita, como a un poeta de Corinto o de Lesbos, y el sentido oculto de los misterios y los ritos, como a un humanista del Renacimiento; pero su poesía daba una nueva vida, un nuevo color y una armonía nueva a esos desprestigiados recursos de los versificadores de todos los tiempos. Puros y simples o complicados y profundos, revestían en sus versos la grandeza noble y tranquila o la voluptuosidad palpitante de los vates helénicos.

Tampoco ignoraba que los románticos habían hecho por la Edad Media la misma labor que realizó el siglo XVI por la antigüedad del

Lacio y de la Hélade; pero el mundo medioeval, descubierto por los insignes poetas de principios de la última centuria, ofrecía un campo vasto y nuevo o apenas cultivado. No fueron solamente los barones de armadura de hierro, de brazo de hierro y de corazón de hierro. Fueron los ensueños brumosos e indecisos de ese agitado sueño de mil años; fué el mundo maravilloso de la leyenda, el misterio y el prodigio.

Porque ese alarido de espanto que llenó la Edad Media no ha resonado bastante en nuestros oídos; porque sus éxtasis y sus adoraciones no han penetrado bastante en nuestros espíritus; porque no hemos visitado todas sus selvas pobladas de seres misteriosos y terribles; porque no hemos visto, bajo las ojivas de sus catedrales góticas, a todos sus mártires que enseñan, con un gesto de gozo infinito sus heridas sangrientas; no hemos asistido a la transfiguración de todos sus santos; no hemos visto a los ángeles celebrando los desposorios místicos de todas sus vírgenes, ni hemos sentido el paso cauteloso y la risa ahogada de todos sus malos espíritus triunfantes.

(Un viejo hagiógrafo—un fra Domenico Cavalca—o un hermano lobo, del serafín de Asís, atraían el espíritu del poeta, tan irresistiblemente, como los fragmentos de un himno jónico o como una sentencia del centauro filósofo y leía con igual interés a un historiador bizantino y a un poeta de los "cabarets" y de los bulevares, porque nunca ha existido un espíritu más abierto ni más universal que el suyo, y porque era, no un ecléctico, sino un alquimista, o, mejor todavía, un canteador de oro. Por eso se le ha combatido siempre en nombre de todos los exclusivismos.

Pero el ambiente poético en que se hundía con mayor deleite era el que forman, vagos y enigmáticos,

El próximo 6 de febrero se cumplen los 25 años de la muerte de Rubén Darío. Con este motivo, vamos a dedicarle—a su memoria, en su obra de "óptimo poeta" y en su vida de "hombre mejor"—el tomo XXXVIII del Repertorio Americano que con este número abrimos.

Invitamos a los amigos y estudiosos de Rubén Darío, en su Nicaragua, en ambas Américas, en la España peregrina, (¿cuántos?...)—a ver si nos remiten apreciaciones nuevas, revisiones, páginas olvidadas, ignoradas o inéditas, selecciones, recortes oportunos, datos, cartas, autógrafos, fotografías, dibujos, música, etc. El propósito es encandilar su recuerdo, y reafirmar la necesaria presencia espiritual del insigne vate nicaragüense en los destinos de su América, en la que pensó, a la que amó, de la que se preocupó más en sus últimos años. "Es el poeta de nuestra raza y de nuestro continente", declara en verdad y en justicia Arturo Torres-Río seco.

las visiones y los ensueños. Si los clásicos escogieron el día, y la noche los románticos, Rubén Darío eligió el crepúsculo; el crepúsculo de las campanas del Angelus, la Aurora de los dedos de rosa del divino Homero, o la incierta lumbrera, generadora de melancolías con que muere la tarde.

¡Y en qué versos de encanto infinito y hondo, virtió sus ensueños y sus visiones! Obligó para ello a la grave lengua hispana a doblarse a su genio como una fina hoja de Toledo en las manos del artífice; demostró que hay en ella tintes y matices insospechados, que encierra brumas y claridades fugitivas como encierra hirientes rayos de sol y tenues suavidades y claro-oscuros y acordes que parecen llegar de vagas lejanías.

Y cambió maravillosamente las formas de expresión. No rehizo la labor gongorina—¡oh, la acusación asombrosa!—La Pléyade francesa, Marini y Góngora, admirables poetas extraviados en la persecución de la belleza formal, se habían detenido en la pompa del estilo, la cultura del lenguaje, la extrañeza de las imágenes, el recargo de los adornos y la disposición laberíntica de los pensamientos. El poeta americano creó un estilo, no la grandilocuencia de Francisco de Herera, ni el galimatías de Góngora, ni la realista chatura moratiniana, ni la explosión romántica, sino el ágil, delicado, flexible y armonioso estilo que sigue las ondulaciones del pensamiento, que lo descubre apenas si es brumoso y vago, que lo revela libremente si es claro y preciso, que sugiere más ideas aun de las que expresa y que contribuye a la realización de un gran ideal: "hacer que los espíritus vean las cosas espirituales con tanta precisión como los ojos ven las cosas corporales".

Tal fué la obra del maestro; ninguno de los poetas franceses de la nueva pléyade había llegado ni llegó después a una cima tan alta. ¡Oh, Verlaine! ¡Oh pobre alma, hecha de dolor, de genio y de pecado! ¡Alma rebelde, alma de monje, en la que se hubiera deslizado furtivamente un impuro rayo sádico! ¡Oh, alma de Verlaine!

Dió al verso castellano melodías y ritmos nuevos. Lo había encontrado como lo dejó el oído romántico, sin duda con el más grande de los progresos, único insigne desde la irrupción lejana de los petrarquistas. Por intuición musical, frecuente en los grandes poetas, creó sus versos como había creado su estilo, y como había creado sus asuntos poéticos: dejándose arrastrar simplemente por su genio. La crítica, que no ignora lo que en lenguaje humano significa "crear", podría demostrar acaso que todo el secreto de la magia esparcida en las estrofas de Rubén Darío está en una distribución nueva de los acentos intermedios y de las pausas; en una paradójica onomatopeya ideográfica, y en una gracia singular en el empleo de la homofonía. Con estos elementos y sin desdeñar nin-

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII

San José, Costa Rica

1941

Sábado 4 de Enero

Nº 1

Año XXII — Nº 905

En este número:

Rubén Darío	Ricardo Jaimes Freyre
Los escritores y la guerra	Juan Marinello
El último hijo de Dios	Sixto C. Martelli
Conversando con Manuel Ugarte	A. Mejía Nieto
	Manuel Ugarte
Romance: Retorno de la viajera	G. Humberto Mata
Oración al maestro	E. Puente
Carta abierta	Gabriela Mistral
Con los jóvenes americanos (Carta)	José Pijoán

Una discutible semblanza de Bolívar	Miguel Aguilera
A propósito de una discutible semblanza de Bolívar	Santiago Martínez Delgado
Noticia de Libros	
Manifiesto de la Junta de Recuperación de las Malvinas	
La roca británica	Alberto Gerchunoff
Churchill	Salvador Mendieta
Por un chorro de agua	Fidel A. Zarate
Sobre Leo Matiz	Francisco Amighetti

Los escritores y la guerra

La responsabilidad americana

Por JUAN MARINELLO

(En el Rep. Amer. Octubre de 1940)

LOS INTELLECTUALES CONTRA LA GUERRA



Un debate excepcional

En este momento preciso, ocho de la noche de este diecisiete de octubre, se está efectuando en New York un acto de mucho significado: convocadas por un grupo ilustre en las letras norteamericanas, se congregan en el Comodore gentes de todos los rumbos del pensamiento a discutir sobre la grave cuestión, sobre la dramática coyuntura que la guerra plantea al escritor europeo. Veamos las características más salientes del singular acontecimiento intelectual y humano.

La Liga de Escritores Americanos auspicia este debate. Los oradores señalados para realizarlo no pueden ser de más subida calidad: Louis Bromfield, Pearl Buck, Edna Ferber, Fannie Hurst, Jules Romains, William Saroyan y Genevieve Tabouis. Orientará la discusión Clifton Fadiman y resumirá Cass Canfield. Para asociar a la noble preocupación a la América toda los organizadores han requerido la presencia de las máximas representaciones de

cada República. Diez naciones nuestras estarán oficialmente representadas. Como siempre, México y Chile a la cabeza de las actitudes generosas. Siguiéndoles, Uruguay, República Dominicana, Costa Rica, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Panamá. Nuestros diplomáticos y funcionarios consulares (íbamos a decir "como siempre") se han excusado elegantemente: Cuba no estará allí.

Los dos términos de la gran cuestión

Reconozcamos que los responsables del debate trascendental han tenido tanto acierto en rodearlo de útiles circunstancias como en el planteamiento, —ceteris paribus— de la cuestión. El tema de la "round-table discussion" se ha desdoblado en dos partes: contribución de los escritores exilados y responsabilidad americana frente a ellos. No han podido señalarse mejor las dos grandes vertientes del problema. Y

como Franklyn Folsom, el querido Secretario de la League of American Writers, nos invita al debate reclamando nuestra presencia, nosotros opinaremos a distancia con el primordial objetivo de interesar a los escritores cubanos en tan importante asunto.

La responsabilidad de los escritores americanos ante el caso de sus compañeros europeos crece con los días y se hace a cada instante más urgente y concreta. Una guerra como la que se desarrolla en Europa no puede ser buena a los hombres de pensamiento que saben serlo. Los directores de la matanza entienden cabalmente lo que significa una mente lúcida asistida de honestidad. Por ello la ofensiva contra el hombre de letras ha sido de las más persistentes y crueles. Hace pocas semanas y desde este mismo lugar enumeraba Simone Tery las características de esa ofensiva en su Francia traicionada. No hace falta, decía la penetrante escritora, ser hombre de partido ni siquiera haber dado alguna muestra de inconformidad con el gobierno francés. Basta la inteligencia. Y señalaba casos de escritores apartados de toda militancia política, indiferentes al rumbo específico de lo colectivo, llevados a la cárcel y condenados a largos encierros. Cuando, como en el caso de Mousinae, hay, además de una pluma poderosa una actitud humana, política en el más ancho sentido, entonces la prisión se acompaña de la tortura y el escritor, hombre de sensibilidad centuplicada, sufre como hombre alguno el desprecio, la injuria, el golpe, la infernal conjura de todos los tormentos dirigida a su especial condición.

La peligrosa inteligencia

Hay hechos que denuncian el parentesco entre gobernantes de nuestro tiempo. La propia Simone Tery hablaba del asombro de Francia ante la detención y condena de Henri Janson. Es la réplica traspirenaica del caso de García Lorca. Ni el dramaturgo francés ni el poeta de Granada eran combatientes de un credo ni temperamentos dados a la acción política. Pero en uno y en otro brillaba un talento artístico que, por ser genuino, era peligroso. Esa doble vista del escritor auténtico se agranda y afina frente a los hechos monstruosos. Un hombre cualquiera, con que tenga un fondo de honestidad, dice a su vecino el crimen de la guerra; un hombre con calidad artística también lo dice, pero no de modo usual ni exclusivamente a su vecino. El arte es, en primer término, capacidad de síntesis expresiva, es decir, viva posibilidad denunciadora; en un artista acecha desvelada la facultad de expresar para todos, de un modo hondo y claro, eficaz, lo que todos han sentido difusamente, sin contornos netos

ni perfiles activos. Y los usufructuarios del crimen saben que tienen en el hombre de pensamiento y sensibilidad una denuncia latente que hay que destruir de antemano.

Ningún hombre letrado tiene seguridad de la vida y de la libertad en las tierras asoladas por la guerra. A medida que avanza la vesania imperialista, en la proporción en que aumente la matanza y el horror ante ella, los gobiernos antipopulares de uno y otro bando aumentarán el número de víctimas ilustres. No es pues cuestión urgente por lo que es ahora sino por lo que ha de ser un tiempo breve. No comienza ahora la responsabilidad, pero está muy lejos de su término.

Yo tengo la sospecha de que los escritores de América no han medido seriamente lo que es el clima bélico para sus compañeros de oficio. No se explica de otro modo su pasividad culpable, su inactividad ante la angustia creciente. Es cierto que más de un poeta y ensayista nuestro, de Cuba, de México, de Argentina, anda desorientado creyendo en la democracia del bando francoinglés y esperando, por ello, que sus camaradas de ese bando tendrán respeto, estimación, trato humano. Los hechos más recientes dicen a tal punto lo contrario que la débil ilusión ya no puede tener vida. Los escritores que han de debatir esta noche en el Commodore no vienen todos del bando nazifachista y ahí están, innegables, las disposiciones que cortan violentamente, en los países del bando aliado, toda libertad de pensamiento. Es que si la guerra imperialista permitiese la verdad dejaría de existir.

La responsabilidad americana está, pues, definida por los hechos, por la naturaleza misma del gran fenómeno que le da nacimiento. Hay que hacerle frente sin más. Toda ocasión de auxilio es pequeña, toda manera de ayuda escasa. Hay que escalar todas las labores útiles y no escamitar ninguna. Desde sacar del infierno a los que lo denuncian, disponer transporte para la salida, hasta asegurar vida y trabajo en América a los que merecen nuestra hospitalidad. La obra no es fácil ni pequeña, pero no realizarla sería baldón. Los escritores, tantas veces abroquelados en su cifra individual, sabrán ahora como son hombres necesitados de cooperación amplia y fructuosa. La lección ha venido por caminos terribles; pero precisa aceptarla. Todo escritor americano debe unirse a las organizaciones populares que han predicado con el duro ejemplo la dignidad, la libertad, que el escritor quiso y reverenció en su callada biblioteca. Sin ese entendimiento, que tendrá frutos de bendición, nada podrá hacerse por los compañeros de Europa. No lo olviden nuestros artistas ni nuestros meditadores.

La generosa retribución

La inmigración intelectual europea con motivo de la guerra puede ser una nueva cultura para nuestros pueblos. Los precedentes históricos vienen a la memoria. No hace falta enumerarlos. ¿No ha traído fruto valioso a la América de nuestra sangre el viaje europeo de sus intelectuales? ¿Es el mismo hombre José Carlos Mariátegui, cronista decadente en Lima, que organiza el baile de la Rouskaya entre las tumbas del cementerio de Lima para espanto de burgueses catolizantes, que el hombre que vuelve de Italia, de Alemania y Francia pertrechado para dar a su pueblo una nueva interpretación de sus problemas centrales? Fue Mariátegui, americanista profundo, el que alertó a la juventud hispanoamericana sobre la necesidad de una cultura seria que sólo puede, —todavía,—ofrecer Europa. Y Martí, entraña de nuestro mundo en formación, ¿no vigiló exigente el cetero usufructo de las disciplinas maternas?

La saludable complejidad

Pero, no ha de haber, en este servicio grande que el intelectual víctima de la guerra nos cumple, estrecho sentido de retribución a nuestro apoyo. Se trata de un movimiento histórico más allá de particulares intenciones. América seguiría su curso, muy determinado por esencias europeas, en cualquier caso, pero la presencia de lo más granado y responsable de la cultura nutricia valdrá para aclarar a tiempo muchos caminos confusos. No hay aquí reverencia ni rendimiento descaminado. No hay acatamiento discipular inoportuno. Hay, con la contratación de un gran hecho, la estimación de sus consecuencias saludables.

Con el intelectual europeo que ahora vendrá a nuestras tierras nos llegarán, desde luego, corrientes plausibles y tradiciones humanamente, políticamente deleznable. Pero ello no es un mal miradas las cosas en el necesario conjunto. No podemos establecer aduana rigurosa ni menos impedir con palabras cambios que están sobre la voluntad del hombre. Nuestro problema colectivo, —nuestra problemática política, diría un pedante,—ha de tener las mismas batientes vengan o no gentes ilustres de la Europa ensangrentada; en definitiva vivimos y andamos la aventura que Europa nos trasplantó. Ahora lo bueno lo tendremos en porción mayor; y lo malo ha de tener, a fin de cuentas, su forzado papel irritador. Y cuanto más alta es una muralla más ímpetus se acumulan para saltarla.

Por suerte, América vive ya, en sus medios

intelectuales, una inquietud actual, aunque a veces desorientada y a veces falta de pies robustos. Lo que nos venga, gran circunstancia favorable, hallará sensibilidades y conciencias permeables y sigilosas. La inmadurez frecuente, la desorbitación posible, tendrán en la disciplina rigurosa y en la investigación exigente freno y sendero. La actitud muchas veces adusta y dogmática de los sabios acatados encontrará en nuestras gentes jóvenes frescas e irónicas derivaciones. La vieja cultura se encontrará a sí misma en una hija un poco excesiva de movimientos. Su estiramiento secular se aflojará sin rebajarse y de la pugna inacabable, ahora renovada en sus valores más firmes, saldrá un ritmo más alto y una complejidad que se resolverá en bien de nuestro futuro.

Cuba no está, por miedo elegante de sus representantes diplomáticos y consulares, en la trascendente discusión de New York. Deben estar, en espíritu y en devoción, todos los escritores cubanos, todos nuestros artistas, todos nuestros hombres políticos que honran el deshonrado oficio. Demos, antes que otros, el paso adelante. Digamos que nuestra sensibilidad quiere libertad y respeto para los que padecen en Europa el crimen de su excelencia. Expresemos que nuestra preocupación del futuro americano recibe con alegría esa infusión de sangre culta que la guerra nos envía. Que sepan propios y extraños que nuestro corazón de hombres late a un tiempo con nuestra vigilancia histórica: salvemos a los intelectuales en desdicha terrible, salvemos, con ellos, nuestra cultura al otorgarle una fuerza que ha de ser, al fin, claridad de justicia.

El hijo último de Dios

(Del libro en prensa: "Para los hombres que no tienen infancia". Envío del autor.)

Lo puso el Creador en el mundo como sobre un divertido mirador.

Le dió soledad para que se nutriese, aun en la compañía de otras criaturas, y le dejó poblar el silencio con voces.

Iluminado de gozo comenzó a nombrar las cosas y los seres, y a adjetivarlos con cálido acento, que era a la vez saludo y reconocimiento de la utilidad de su belleza.

Y todo lo que había comenzado a ser, que ya era como si siempre hubiese sido, fué nuevo por virtud de quien recogía en la palabra el eco del idioma interior del corazón de todos los hombres.

El rostro fresco del mundo adquiriría sabor de fiesta pasando bajo el arco exaltado de sus palabras, y todo aspiraba a ser, por lo menos una vez, natalicio, morosidad o siquiera tránsito en su boca sin fatiga.

Pero las sorpresas y los asombros, las maravillas presentes y las arcanas, la inédita riqueza, innominada y abscondita de la Creación, con ser premio seguro a su donoso afán —y reconocerse— en el divino origen de la belleza, no le privaron de la espina de su noble descontento por haberse extraviado en alguna efímera fealdad.

Una velada tristeza es el signo por el que se identifica aquel humano acatamiento del Poeta, hijo último de Dios, que por su padecida vocación de la hermosura prolonga todavía los favores y regalías de la Creación en cada palabra suya recién inventada!

SIXTO C. MARTELLI

Paso de los Andes, Mendoza, Rep. Argentina.

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

Conversando con Manuel Ugarte

(En el Rep. Amer.)

No ha gustado el artículo de Ugarte acerca de Lugones, que últimamente nos trajo en sus columnas *Repertorio Americano* de nuestro García Monge (*). Ugarte suele ser injusto con este generoso país argentino, estirado en la orilla de dos mares como un cobijo para arropar a los errantes andariegos de todas las cataduras y lenguas. Pero Ugarte gusta de soltar la lengua para explicar sus razones. Yo le he formulado al distinguido amigo las preguntas que vais a leer y las respuestas que tienen sin duda interés para todos sus amigos en el continente. Helas aquí:

Pero también he hecho otras a Rojas y Blanco Fombona, escritores de la vieja hornada que si en ideas sociales y políticas no pueden ahora sentar cátedra, ya que la muchachada anda salida de madre, bueno es reconocer que continentalmente son nombres ampliamente conocidos y que sus ideas suscitan inquietud y enojo entre mucha gente moza...

—¿A qué se debe su viaje a Chile?

—Ante todo al encanto de esta tierra, tan pintoresca como Suiza, tan atrayente como la "Cote d'Azur". Además, entre 1937 y 1939 se suicidaron en la Argentina Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni y Lisandro de la Torre. El clima era malo para los escritores. Resolví salir del país. Pero—"cuanto más inconstante, más querida"—no he de pronunciar una sola palabra que pueda ser interpretada como una censura contra mi patria.

Sólo diré—en el terreno de la crítica literaria—que a causa de ese ambiente, o de esa falta de ambiente, nuestra producción intelectual se halla enferma. Enferma de la deformación que consiste en escribir con dedicatorias mentales, evitando lo que disgusta a este sector, acentuando lo que se cotiza en aquel, escondiendo avaramente lo que puede perjudicar al autor, girando sin tregua alrededor del odioso "me conviene" que excluye toda independencia alviva. La pluma hace zig-zags en el campo minado de los intereses dominantes para obtener el producto anodino que alcanza el beneplácito y facilita "la carrera". De aquí la fugacidad de tantas páginas.

El escritor, cuando realmente es escritor, rompe con la cabeza el techo de las mentiras convencionales, aunque en el porvenir sólo muestre un rostro ensangrentado a las estrellas.

—¿Cuál es su posición frente a la guerra europea?

—Como Europa se ha ocupado tan poco de las injusticias de América, me sorprende que América se identifique en forma tan íntima con los conflictos de Europa. Nadie se levantó en Europa en favor de nosotros cuando los ingleses se apode-



Manuel Ugarte

raron de las islas Malvinas, ni cuando las escuadras de Alemania, Francia e Inglaterra bloquearon las costas de Venezuela, ni ahora que Guatemala reivindica, con plena justicia, la posesión de Belice. No me explico que tomemos partido en la lucha que enfrenta a dos imperialismos que pueden perjudicarnos igualmente. Yo no estoy en favor de Inglaterra, ni en favor de Alemania. Me preocupa más la suerte de nuestras repúblicas que la que pueden correr estados lejanos de reciente creación que no tienen lazo directo con nosotros y cuya ubicación tenemos que buscar a veces en el mapa. Se me ocurre que es algo artificial y postizo, incubado al calor de informaciones cablegráficas. La idea abstracta del derecho o de la justicia no tuvo nunca nada que ver con la política internacional. La historia, desde los orígenes, es una prueba de ella. ¿Qué ventajas puede sacar la América Latina del embanderamiento afanoso en favor de éste o de aquél bando? Todos los imperialismos europeos representan un peligro para América, lo mismo

el inglés, que el alemán, que el italiano, o que el japonés. Somos tan frágiles, que hasta dentro de la misma América hemos de evitar las tentativas de cualquier otro imperialismo continental. Con esto digo que en el drama actual no cultivo apasionamientos. Ni me regocijo cuando hundan un barco inglés, ni aplaudo cuando intentan matar al jefe de estado alemán. Los dos actos me parecen odiosos porque me repugna la guerra y la violencia. No tengo, en una palabra, vocación de tropa colonial y no me presto a que me movilicen en favor de intereses ajenos. Creo que debemos ser neutrales, con el único ideal de preservar lo nuestro. Tenemos que crear una conciencia propia. Tenemos que dejar de estar viviendo del plagio de las emociones ajenas. La política del mundo es en estos momentos una cosa muy grave que excluye todo "dilettantismo" y todo lujo sentimental. Sólo saldrán bien de la catástrofe los que sepan defender su propia vida.

—¿Qué puede usted decirme sobre

Mi querido García Monge,

Gracias por el recuerdo cordial que tuvo usted para mí en su bellísima conferencia del 20 de Julio. Me ha emocionado realmente, por el prestigio de su nombre y por la hora en que llega,—hora de hondas tristezas en esta vejez dolorosa que América depara a los escritores. En Febrero del año próximo voy a cumplir mis 45 años de vida literaria. La experiencia ha sido tan dura, que sangra el espíritu. Bien venida su palabra, que trae el recuerdo de una vieja amistad.

MANUEL UGARTE

Viña del Mar, 31 ago. 1940.

Señas: Subida Oriental 530.
Viña del Mar, Chile.

la política interior de las repúblicas latinoamericanas?

—Abarcando el conjunto de los movimientos en las diferentes regiones, me parece convencional y sin sentido la endémica lucha entre los ángeles de la oposición y los demonios del gobierno. Los ángeles, al llegar al poder, se convierten en demonios, y los demonios, al caer, recobran las alas, milagrosamente. La obsesión de este eterno juego ha hecho descuidar la tarea fundamental de valorizar la riqueza nacional y de resolver los problemas esenciales. Y lo que es más grave aún, ha hecho abandonar a fuerzas extrañas toda iniciativa creadora.

—Pero, ¿y la ideología?

—Aún admitiendo que las palabras traduzcan aspiraciones reales, una orientación política, como una pala de albañil, sólo tiene el valor que le da quien la utiliza. Se puede favorecer la evolución con fórmulas retardatarias. Se la puede detener con procedimientos modernos. El sufragio universal, en sus ritos más puros, es susceptible de consolidar un régimen de excepción. Una medida arbitraria restablece a veces la justicia. Lo esencial no es el vaso, sino el contenido. Con etiquetas diversas, la política ha desviado a la nacionalidad en formación de sus verdaderos destinos, deteniendo el empuje creador, la organización económica, la utilización de los recursos de la colectividad por la colectividad misma. Hasta suele ocurrir que la ideología no corresponda a las necesidades particulares de nuestra situación geográfica y nuestro estado social. En el momento actual, que pone a prueba la vitalidad de las naciones, lo que necesitamos es realizar, construir, completar, coordinar, dar vida y eficacia a cuanto nos rodea. Por eso creo que los países mejor orientados son Chile, Guatemala y México. Hay que acelerar la renovación de Iberoamérica, hay que realizar la segunda independencia, hay que hacer patria con elementos propios. Lo demás, es politiquería.

—¿Qué piensa usted del cosmopolitismo de Buenos Aires?

—La inmigración torrencial diluyó al nativo y lo substituyó sin guerra en el territorio. Significó la suplantación pacífica de una composición étnica por otra, dentro de la misma nacionalidad nominal. Esto ha sido un bien, y un mal. Constituye uno de los fenómenos más desconcertantes de la historia contemporánea. Lejos de silenciarlo, convendrá tratarlo a fondo algún día. Porque siendo la nacionalidad una resultante de la fusión de la tierra con el habitante,—al punto de que no se sabe cuál de los dos prima, o la define mejor—la nacionalidad tiene que transformarse con el cambio de uno de los elementos constitutivos. Por otra parte, el romanticismo político ha hecho su é-

* Véase el Rep. Amer., N° 20 del tomo XXXVI.

poca. Una nacionalidad no es una empresa de beneficencia. Su fin no es ofrecer fructuosa colocación a los capitales extraños, ni amparar a los desheredados del mundo. Su función es acentuar el bienestar y la irradiación de sus componentes, es decir, de los nativos. Si a éstos se les pospone, si se les declara inútiles, si se llama a otros hombres para reemplazarlos, el progreso se hará en beneficio de los recién llegados que utilizarán tierra y riqueza ajena, creando una nueva nacionalidad, mientras la nacionalidad inicial se borra, o, en el mejor de los casos, se modifica fundamentalmente. Pero, ciñéndome a la pregunta de usted, este es el problema de una ciudad, no el problema de la república. Ha de quedar resuelto en forma favorable y fecunda, porque

también trae fermentos vivientes y constructores, dentro del marco de la evolución final del Continente. Las naciones se harán siempre al rededor de particularismos que concentran y no al rededor de generalidades que dispersan. No es posible crear nacionalidades sin nacionalidad. Nuestro punto de partida está en el cruce de caminos de la América autóctona con la conquista ibérica. La realidad étnica es esa. En cuanto a la realidad espiritual, no puede ser otra que el idioma dominante y la cultura hispana que se sobrepuso. Así podemos decir: cuánto más cerca de las fuentes, más personalidad, cuanto más pasado, más patria. Nuestros escritores han sido, desde los orígenes instintivamente nacionalistas, porque tuvieron, como los pájaros, la intuición del derrotero. Usted lo sa-

be como yo; y hasta recuerdo una admirable página con su firma que publiqué en la revista *Via de Hoy*.

—Si usted tuviera que hablar hoy a la juventud de la América Latina, ¿qué consejo le daría?

—Le diría que ha llegado el momento más grave de nuestra evolución histórica. Al terminar la guerra, cualquiera que sea el resultado, correrán caballos locos sobre el mundo. Ni la neutralidad, ni la distancia nos amparan completamente. Hasta pueden servir nuestras naciones de moneda de pago en la trágica liquidación. Desafiando todos los desprestigios, tienen que levantarse voces que traduzcan realmente los intereses continentales. Nuestra misión no es optar entre la victoria de éstos o la victoria de aquéllos;

nuestra misión es preparar nuestra propia victoria. Más que la guerra de los demás, debe preocuparnos la construcción de la patria en que hemos nacido. Porque la independencia se hizo sin economistas y sin sociólogos, fué, en muchos aspectos, irreflexiva, epidérmica y verbal. A las nuevas generaciones les corresponde reaccionar contra esos errores. Veamos por la verdadera autonomía política, económica, mental y espiritual. Seamos, por encima de todo, hombres de nuestra América y tratemos de hacer que América se levante cada vez más sana, más fuerte, más dueña de sí misma, más anclada en el pasado y más segura en el porvenir.

ARTURO MEJÍA NIETO.

Buenos Aires, 1940.

Romance:

Retorno de la viajera

(En el Rep. Amer.)

G. Humberto Mata, dedica al compañero César Andrade y Cordero, lealmente.
Cuenca, Ecuador, 9 de noviembre, 1937.

I

Presentación de la niña

Carne... carne más clara
que raspaduras de Paute,
la niña la perfumaba
de risas y de chacotas.
Olor a aceite de lima,
al azahar de limoneros,
toda ella aromaba fruta;
si era ella misma gloriosa
frutación de vida limpia,
iris de nervios y dientes
iluminando la aurora...

(Ah, niña, sonfrénale al corazón
que se desboca al recuerdo!)

Aurora, aurorita estabas
—quiero decirte que al alba—
asomada a tu balcón;
pasaba yo por la acera,
con las últimas estrellas
palpitándome en los ojos;
como esos poetas cursis,
disentéricos de luna,
pudiera describir, chica,
"que detuvime extasiado"...
pero, como hombre cabal,
te digo no más, muchacha,
que la luz que tú captabas
en tu vestido aplanchado,
hasta hoy se la tengo presa
en mis manos memoriosas.

Niñita... niñita linda,
nervios puros de guayaba,
dolor para la amistad,
quisiera estar en el campo
para estirar brazos y alma,
y hablar como viento fuerte
todas las cosas que crío
en mi emoción educada,
y la ciudad me prohíbe
refulgir las hacia al cielo
con su "carreño" pringoso...
Quisiera decirte: linda,
cien veces linda y relinda,
bien subrayándolo todo
con un ajo! nutritivo.
Quisiera... quisiera... nada!!
Quisiera... caray! quisiera
hacer retornar el tiempo
de aquel ayer oloroso,
a que de nuevo se aromen
mis dedos con tu vestido,
sea asentado o planchado,
justo muy junto a tu carne,
raspadura de Zhumir,
sangre lila de guayaba,
para el estremecido
a mi cordial meridiano...

Mas, es preciso resuelva
terminar con el romance.
Aquí le dejo trincada
á la chúcará emoción.
Ud., lector, me la cuida!

II

Retorno de la viajera

Sin causa premeditada,
torcaz de cerro asoleado,



Superstición

(Dibujo de Gilberto Antolínez, venezolano).

cimbraste en vuelo tus alas.
Serrana, morena criolla,
deviniste en marinera,
atándote a la cintura
flujo y reflujo del mar.

Soles metaizados,
nubes que nutren: "good mornings",
días de "time is Money",
reflejaste en tus retinas,
...yo no sé si subyugando
tu alma de hoja de naranja
al lema de "Money is God"...
Lo cierto es que tú enraizaste,
sonrisa, nervio y caricia
al rebaño vertical
de los fríos skycapers.

(Niñita... que escuece el alma,
Como dedo machacado,
contemplando el "panorama"
destripador de los cielos...)

Acaso tuviste pena...
talvez tus ojos regaron
mulios líquidos y tibios
para collar de nostalgia...
Y un yanqui pudo anotar:
"Oh, darling, you are home sick!"

COMPRE SUS MUEBLES EN LA
Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

Teléfono 3339

Es la verdad que de nuevo
vas a llegar a mi Cuenca,
salada de ola de mar,
enyodada de Pacífico,
salpicada del Atlántico,
sombreada de hollín y niebla...
Y vienes... y vienes, niña!
navidad para tu barrio,
campanilla repicante
de "gloria in excelsis deo",
pues... no sé cómo se dice:
gloria mujer en la tierra,
en mismísimo latín.

Aquí, esperándote todos
los paisajes que dejaste,
a que los vayas nombrando
resurrectos a la vida.
También el agua te aguarda,
dulce de río y de Sierra,
para lamerte tu cuerpo
con lengua de siglo y ansia.
Lanzarán olor las horas,
la tierra latirá fior
y guirnalda de chirotes
engalanarán las cumbres;
hoya de amor y ternura,
tazón colmado de afecto,
la ciudad estará pronta
para que sorbas su tuétano,
con labio henchido de anhelo.

De mí... no te digo nada...
Pese al lector, y a mí mismo,
mi emoción echó carrera
hacia las rutas nerviosas
que conducen a lo tuyo.

Inútil... inútil fui
a dominar el recuerdo.

III

La fruta tornada rosa

Serénate, corazón!
por loco te desbocaste,
enceguecido de colores,
hacia un recuerdo fantasma...

Muchacho... muchacho, aprende:
no en baide vuelan los años
para no volver jamás!
La vida es siempre adelante,
miraje firme al futuro,
un paso detrás de otro,
un pie delante del otro,
avanzando, avanzando, avanzando...

¿Qué fuera, mi buen pilluelo,
si los relojes volvieran
sus punteros al pasado...?
La vida es marcha, mocoso,
no trajojar los caminos
donde tropezamos nervios
Eh, Ud. romántica ruina,
aprenda a volverse un hombre,
amárrese los cazones,
yendo, derecho, al mañana!

(Corazón... aquí en confianza,
en voz muy baja, te cuento:
es este tío el cerebro
el que te está amonestando...
Porque yo, dentro, muy dentro,
en donde late lo bueno
de mi vida clara y limpia,
—no digas a nadie, guambra!—
a veces te doy razón!
Y haces muy bien, qué caramba!
irte corriendo descalzo
por llanos encristalados
con shulla de sensaciones...
Ah, perro! Niño... chiquito!
quién fuera al igual que vos...
No sólo he de estar me atado,
escribe y escribe en máquina,
a 5 realillos plana!
Corazón... dichoso vos!
que puedes corretear cielo,
mojar tus pies en recuerdos,
y hacer tu sabrosa gana!
Yo solo, niño, yo solo...
como esos viejos reumáticos,
al agitar las hogueras
que nuestros nervios prendieron
solo me shullan los ojos!
Consueño morbosos y turbio...
consuelo de invalidado!)

Pero oiga Ud., so truhán!
No me perturbe el retarle.
La vida es una, no trina,
y lo pasado no vuelve
para embarrarnos los ojos,
o, en música de suspiros,
a desacompasar los labios.
Cómo vamos, corazón,
a detener los zarpaos
de los años en los rostros,
en la esencia de las cosas,
en el latir tornadizo
de la rueda de la vida!
Nosotros mismos... es tan claro!
no podemos darnos cuenta

los cambios de nuestra cara...
por eso creemos, chico,
presumidos, vanidosos,
que aún podemos agradar.
Aí diablo todo, caramba!
somos los seres de hoy,
sin contacto con lo ido!

Ay, cara fresca y madrugada,
mejillas de ollita nueva,
sangre y nervio de guayaba,
olor a aceite de lima,
dolor para la amistad...
fruta esplendente de vida...
Ah, fruta, frutita, niña...
Mujer que ya te ha cambiado
la vida, el viaje, el mal tiempo...
trocándote inexorable
de fruta, en rosa no más...

G. HUMBERTO MATA.

Oración al maestro

(En el Rep. Amer.)

Cristo, personificación del maestro de todos los tiempos. Sombra divina y humana que se proyecta a través de los siglos y se desliza suavemente sobre el dolor humano. Sombra que se hace tangible en el corazón de los buenos para hacer brotar la milagrosa fuente de los sentimientos generosos.

Cristo, maestro que vives en este siglo, no morirás en el tiempo, porque nos señalas las rutas de la paz y de la confraternidad humanas.

Sócrates, maestro cerebración, personificas la serenidad, la razón que controla las pasiones, que son la exaltación superlativa de los sentimientos. Maestro de la función equilibrada de maravillosa plenitud, entre el sentimiento y el raciocinio, entre el corazón y el cerebro, perfecto espíritu apolíneo, no desaparecerá tu memoria porque siempre te necesitaremos.

Maestro anónimo, soldado heroico de todos los días. Por ti aprendemos a amar lo que fue y lo que es obra del hombre y aprendemos a intuir lo que debe ser. Por ti creemos en la verdad, la justicia, la libertad, amamos el bien y la belleza, entidades subjetivas, pero que tienen un profundo pragmatismo ético.

Maestro anónimo, de hoy y de mañana, soldado de la cultura, tú eres también sentimiento y pensamiento, representas la calma en medio del caos de nuestra época y nos traes un poco de paz y de serenidad en el torbellino del desorden universal. Tú escogiste, conscientemente, la ruta más difícil y sigues las huellas del Maestro de los Maestros dejando "que los muertos entierren a sus muertos" porque tienes fe, esa fe que nos irradia, en que una clarísima luz alumbrará los nuevos senderos de la humanidad.

Griegos, Sócrates, Cristo, Kant, Hegel, Marx... eslabones en la cadena del tiempo. Ejemplo de los que marchan tras la columna de los conductores.

Conductor desconocido, por el ejemplo que de ti captan los pocos que te siguen, te descubrimos cuando te sientes niño con los niños o descendes a la ruidosa edad juvenil, para compartir los dolores y las esperanzas del hombre en marcha.

Sentido de adaptación el del maestro que labora silenciosa y pacientemente por la gesta de una nueva humanidad.

Estamos contigo.

E. PUENTE

Lima, Perú, octubre 1940.

C. G. E. S. A.

Compañía General Editora, S. A.

(Apartado 8626. México, D. F. México)

Algunas de sus ediciones:

E. T. A. Hofmann: <i>La olla de Oro</i>		Tirso de Molina: <i>Los tres maridos burlados</i>	¢ 0.75
Rústica	¢ 1.75	H. Heine: <i>El rabino de Bacharach</i>	¢ 0.75
Pasta	¢ 3.00	Margarita Urueta: <i>El mar la distraía</i>	¢ 0.75
J. Schlumberger: <i>La paternidad inquieta</i>		Dr. M. Ruiz Castañeda: <i>Profilaxis específica del tifo exantemático</i>	¢ 3.00
Rústica	¢ 1.50	Con el ADR. del Rep. Amer. las consigue.	
Pasta	¢ 3.00	Calcule el dólar a ¢ 5.00.	
Longo: <i>Dafnis y Cloe</i>			
Rústica	¢ 1.50		
Pasta	¢ 3.00		
Mark Twain: <i>La celebrada rana solitaria</i>	¢ 0.75		

Cartas abiertas

Bibliografía sobre Gabriela Mistral

(De *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 14, X, 40).

Distinguido compañero, Norberto Pinilla, perdóneme el no haber contestado en seguida a usted las líneas de su dedicatoria, que tomo como un recado suyo, y acusado recibo de la Bibliografía. Tengo mi correspondencia en un retardo que llamo "fantástico" y cuando me deja libre la tremenda vida social —yo diría institucional— de esta ciudad, entonces me voy a andar el campo y no aprovecho del descanso, por mi naturaleza de "pata de perro" que me ha hecho un ser errante... Usted entenderá mejor que otros, porque es chileno, Gran sorpresa para mí saberlo mi paisano, pues siempre que lo leí lo tuve por boliviano... Este error grandísimo le dice a Ud. lo poco que logran saber de su tierra los ausentes.

Leí la bibliografía en una excursión a Friburgo, la sierra del Estado de Río, y agradecí su trabajo como tal, pues estimo en mucho la labor de un criollo que se libera de la pereza y el desorden congénitos en nosotros; pero, naturalmente, agradecí esta vez de modo especial por tratarse de una larga atención aplicada a mi obra. Es mucho darme y yo sé muy bien que es mucho. El sentido de las medidas, ese lo tengo.

Su trabajo es bastante extenso; falta material que añadir, pero no soy quien va a disminuir su labor por esto, pues la interesada misma no ha hecho un décimo de su esfuerzo por reunir los artículos que debió juntar. No hay nada más peleado con una labor de esta índole que una profesión de errantismo... En estas vacaciones que pasaré en el campo, sin obligaciones urbanas, le mandaré el nombre de los artículos más largos o más substanciales que vaya recordando. Nada tengo.

Siento —y hasta lamento— que la Universidad haya puesto dineros en costear el folleto. Si antes nos hubiésemos comunicado, yo habría dicho a usted la manera de editar el cuaderno sin gasto y con difusión igual. Empieza a trabajarse en nuestros pueblos americanos en este capítulo de la bibliografía.

Mucho tiempo me ha dado usted, y como es precisamente el tiempo la gracia mayor que se pueda dar a los otros, mi gratitud hacia usted es muy viva y muy grande, Norberto Pinilla.



Gabriela Mistral

(Por López Mezquita).

No he creído, ni antes ni ahora, en la eficacia de esa candidatura mía al P. N., salida de Ecuador, acogida por el Presidente Aguirre y luego sonada —¡Dios mío, en exceso!— por otras gentes y otros países nuestros. La he considerado, esto sí, como una gimnasia útil a la morosidad de la América del Sur. Es un desperezarse para pedir, para hacerse presente ante Suecia. Pero me ha dolido bastante el que me aprovecharan a mí para el ensayo. Sé muy bien que el momento americano actual no es el de Rubén Darío. No tenemos cabeza visible e indudable; somos unos cinco o diez los escritores más o menos socorridos por la clientela popular y la culta, en nuestra América. Es por lo tanto, una injusticia chocante pedir un premio Nobel para uno de esos diez y la fealdad de esta injusticia cae sobre quien nunca se distinguió por la pe-

Con los jóvenes americanos

ha trascendido a otras gentes, conviene insistir; harían peso recomendaciones de Norte América: Columbia University, Harvard, Yale, Universidad de California, Toronto, etc. Me ocuparé de esto. Pero los de allá que no cejen — que no se limiten a decir: "debería hacerse", sino "que se haga" y que lo hagan.

No sé si concederán este año los premios. Ciertamente no hay nadie que merezca el de la Paz. El de la literatura de 1939 se adjudicó al gran novelista finlandés F. A. Sillanpaa. Bueno sería que se hiciera justicia a América y fuera este año para uno de la familia. Porque somos sólo una familia, querido Don Joaquín, una pequeña familia y con más primos que hermanos.

Ayer recibí una carta de una señora argentina que pasó unos años en los Estados Unidos. Copio lo esencial:

Desde el 10 estamos en nuestra tierra. Yo estoy contenta de estar de nuevo

cha criolla y por la falta de conciencia gremial. En fin, "la América que reza en español" se ha acordado de que existe y, odios aparte, la campaña podrá ser renovada en los años próximos, en favor de Gallegos, tal vez el primero de "los semejantes", de Reyes (Alfonso), de Neruda, de Juana, de Cassiano Ricardo, el brasileño; de Jorge Amado o de cualquier otro. De no habérsenos muerto Reyes, él habría sido el hombre de esta lucha, para esta lucha.

Yo celebro su trabajo pesadísimo y escrupuloso como una ocasión para conocerle de trato epistolar y decirle la simpatía con que le he leído antes y me he dado cuenta de su lucidez intelectual y de su cordialidad gremial.

Permítame servirle de alguna cosa en asuntos que no sean mi propia persona, que usted ha abultado, seguramente por la mala cosa que se llama nacionalismo. Me importa mucho que ustedes se den cuenta del Brasil literario y especialmente poético. Es probable que estén aquí los mejores poetas iberoamericanos del momento, tirados al olvido por nosotros. Me gustaría mandar algunos libros que lo hagan trabar amistad y comercio verbal con esta magnífica raza. Necesita que usted me diga lo que de aquí le interesa. Lo mejor que puede salir de nuestra aproximación es precisamente su "descubrimiento del Brasil" que a pesar de su enorme bulto parece que no lograrse hasta hoy que nosotros reparemos en él. Yo no tengo ningún talento crítico, más aún, ninguna condición de tal y sólo puedo hablar a lo divino de esta grande y cordial poesía. Usted podría ser su profeta en aquella orilla, aceptando divulgar y juzgar.

Créame limpia de culpa en la empresa del P. N.; sólo así podrá seguir estimándome, pues un autocandidato a nada menos que el favor de Suecia resulta una persona un poco grotesca, cuando la obra no corresponde a la enormidad de la pretensión.

Le saluda con gratitud y buen afecto, su compañera, muy feliz de poder decirse ahora su paisana.

GABRIELA MISTRAL

Niteroi, Brasil, octubre, 1940.

Wilkesburg, Pa., U. S. A.
Noviembre de 1940.

Mi querido don Joaquín:

Leo en el *Repertorio* que muchos sienten un deseo de que se conceda el premio Nobel de Literatura a la Mistral. Ojalá lo logran! Pero ¿saben estos arielistas que hacen suspirios para tal reconocimiento internacional de nuestra Gabriela lo que hay que hacer para conseguirlo? Nos diluimos en bocanadas de elogios. Vamos al grano! — Hay que enviar, cuanto antes, recomendaciones para el Premio a la Academia de Ciencias y Artes de Estocolmo. En cualquier lengua: sería preferible francés, inglés o alemán. Los premios se conceden en primavera. Pueden hacer las recomendaciones personas de calidad, individuos como profesores, directores de revistas y bibliotecas, pero claro que serán más atendidas las de corporaciones: Universidades, Ateneos y escuelas. Como la Mistral no ha publicado mucho y no

en mi casa y entre los míos y aunque esto dista mucho de ser un paraíso me siento aquí más tranquila.

La política es malísima y el país como siempre marcha a la bartola. Yo no veo más que dos soluciones a todo esto: una gran revolución que costará mucha sangre y que posiblemente nos deje aún más vendidos y empeñados, o una dictadura. Los conservadores vendieron y venden al extranjero, inglés o norteamericano, no importa, y los radicales son de una incapacidad absoluta para gobernar; "se dejan sobrar" por cualquiera y cometen la mar de desatinos, parecen mandados hacer para entredarlo y embarullarlo todo. Y luego lo que más aterra es la falta de gente joven capaz; o no existe o vive sofocada, angustiada y asqueada.

Y con esto nos vamos quedando atrás. Es una sensación molesta que me viene

(Concluye en la pág. 14).

Una discutible semblanza de Bolívar

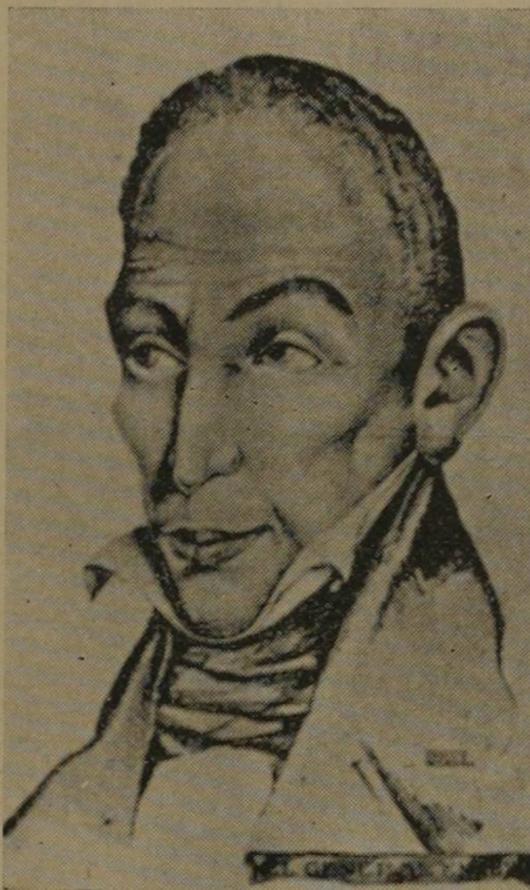
(De *El Gráfico*. Bogotá, 7, IX, 40).

La interpretación que el notable artista bogotano don Santiago Martínez Delgado acaba de hacer de la cabeza del Libertador Simón Bolívar es un acontecimiento pictórico que no puede pasar inadvertido, por la doble causa de su finalidad y de su origen. Si se tratase de un héroe secundario, cuya imagen no hubiese sufrido los debates esgematológicos que ha soportado la del más insigne de los fundadores de la nacionalidad colombiana, y si el creador de la última estampa no ocupase sitio tan eminente en la vida del arte patrio, como el que ya tiene ganado Martínez Delgado, nada mejor podríamos hacer que cubrir con un tupido velo de indiferencia el ensayo realizado bajo la inspiración de un concepto muy personal del General José Antonio Páez, escrito en época en que su admiración por el genio ilustre se trocó en franca animadversión hacia la egregia individualidad de éste. "El General es decididamente feo y detesta a los españoles", es la impresión fisionómica y estética que de Bolívar llegó a tener el centauro apureño; y superando la noción de Páez, el famoso dibujante Martínez Delgado lo ha concebido "decididamente feo" y contrario a los esbozos y explicaciones que de pintores y amigos del Libertador hemos recibido como un legado de leal verosimilitud.

Es evidente que el entusiasmo y simpatía suscitados por la vida extraordinaria de un personaje superior pueden influir sustancialmente en el proceso de inspiración de poetas y artistas en el momento de encomendar a la pluma o al pincel el producto de sus sensaciones íntimas. En ocasiones aun la afinidad racial reclama las características de sus propios fueros, y por ello se advierte que la faz de Jesucristo cobra los atributos de cada medio étnico, según la procedencia del pintor que la traslada a su lienzo. El alemán lo imagina nacido y criado en las cercanías del Rin, donde las azucenas que embalsamaron la leyenda de Nibelungos y Walkirias, tiñen de azul el amplio círculo de las pupilas. El español meridional, tostado por los vientos calurosos que se desprenden de las costas africanas, renunciaría a su propósito antes que diseñarlo con los atributos de un hombre que no fuese trigueño, móvil y esbelto. A su turno el holandés presumiría traicionar sus viejas tradiciones, si sus Cristos no tuviesen la gruesa robustez de los pescadores que hinchaban sus músculos arrojando la red sobre las aguas de sus mares circundantes.

El impulso que en los últimos años ha tomado la pintura negra en tierras de la América española ha creado en los artistas jóvenes la veleidosa tendencia de impregnar las más castizas fisonomías con los caracteres antropológicos de la raza de color. Nuestro hábil dibujante no pudo escaparse a esa imposición del ambiente continental, y nos ha ofrecido un ejemplar de Bolívar amulatado y desapacible, no obstante las anotaciones y comentarios de sujetos respetables que lo describieron de otra manera.

Los varios documentos que la literatura bolivariana conserva entre sus abundantes páginas, contradicen el tipo humano que se le asigna al Libertador distinto del que el consenso general acepta como el trasunto de una noble y delicada personalidad física. Uno de aquellos testimonios es el del oficial irlandés Daniel Florencio O'Leary, quien por el trato íntimo y continuado que mantuvo con Bolívar, estaba en capacidad de presentarlo en sus relieves peculiares con excepcional fidelidad. Del esbozo de O'Leary resulta que "Bolívar tenía la frente alta, pero no muy ancha y surcada de arrugas



Bolívar en 1828

(Boceto para un retrato del Libertador).

desde temprana edad, indicio de pensador. Pobladas y bien formadas las cejas. Los ojos negros y penetrantes, la nariz larga y perfecta; tuvo en ella un lobanillo que le preocupó mucho, hasta que desapareció en 1820, dejando una señal imperceptible. Los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818. La boca fea y los labios gruesos. La distancia de la nariz a la boca era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos; cuidábalos con esmero. Las orejas grandes, pero bien puestas. El pelo negro, fino y crespo". En esta descripción no asoma el ejemplar negroide que en forma tan franca y notoria se trasluce a través de las líneas finas y seguras del joven intérprete colombiano. La calidad de la cabellera crespa, que no es signo diferenciador de la gente de color, como que entre los judíos es corriente tal característica, ofrecía la de su finura, opuesta a la dureza y rigidez del cabello de los negros.

Ruben Darío Sánchez

vive ahora en esta ciudad. En los altos de la Zapatería *El Record*

Lista de Correos

San José de Costa Rica

(Ve con simpatía este homenaje a su padre, y nos ayudará con fotografías, papeles y documentos intere antes).

En el año de 1823 el Coronel Campbell, miembro de la misión acreditada en Bogotá por Canning, con ese instinto de los ingleses para apreciar las particularidades anatómicas de las razas inferiores, no hace pintura alguna del rostro de Bolívar, pero anota que "los modales y presencia del General Bolívar son en extremo suaves y distinguidos", seguro de que un mulato no le hubiese arrancado la perentoria declaración.

Por aquel tiempo otro súbdito británico, el Cónsul de Inglaterra, General Henderson, comunica una impresión más explícita cuando dice: "La estatura del General Bolívar no es tan pequeña como ordinariamente se informa. Es delgado, pero tiene las más finas proporciones. Su tez es ahora oscura a causa de su vida a la intemperie. Cuando no habla, su semblante toma el tinte de la melancolía. De pelo negro, ligeramente rizado y tan bien dispuesto por la naturaleza que deja despejada su ancha frente. Ojos oscuros y vivos. Barba más bien puntiguda". Esta apreciación de un hombre conocedor del mundo, y acostumbrado a ver hombres de todas las expresiones étnicas, es diametralmente opuesta a la del General Páez para quien Bolívar era "bajo de cuerpo" y con un cráneo cubierto de "crespos menudos".

Aunque el Coronel Hamilton, otro comisionado del gobierno inglés en 1823, le concede la razón a Páez en cuanto a la estatura, difiere de éste en el diseño de la nariz de Bolívar, presentándola "aguileña y bien formada". Páez la deja ver larga y colgando de una frente alta y angosta, casi sin formar ángulo.

El Comandante Persat, francés que tomó el empeño de crearle atmósfera de antipatía al Libertador y que temblaba de indignación cuando oía que se le parangonaba con Napoleón y con Washington, se abstuvo de considerarlo como mulato, y, violentándose, hubo de confesar que era hombre seductor. Con cuánta complacencia no hubiese aquel envidioso señalado en sus memorias los perfiles de inferioridad humana que celan la personalidad de un individuo de color.

Finalmente, el santafereño Juan Pablo Carrasquilla, lo transmite a la posteridad así: "Tenía (en 1819) la piel tostada por el sol de los Llanos, la cabeza bien modelada y poblada de cabellos negros ensortijados. Los ojos negros, penetrantes y de una movilidad eléctrica". Así, pues, según este testimonio, los "crespos menudos" que hoy han venido a inspirar la concepción de una cabeza etíope o senegalesa, no eran sino cabellos ensortijados que lo mismo adornarían el testuz de un Homero que el de un Erasmo o de un Goethe.

Pero apartándonos de simples devaneos literarios y atendiendo a las representaciones *de visu* de pintores y dibujantes que gozaron de su inefable presencia, no hemos podido hallar el menor vestigio de facciones africanas ni en la miniatura del mozo de 1804, ni en el óleo de Londres, de 1810, ni en el dibujo de Maurin, ni en el cuadro de Gil, ni en los perfiles de Roullin y David, ni en el boceto de Maucci trabajado en agosto de 1830 en Cartagena, ni en los retratos que en varias épocas tomó Espinosa del natural.

Siendo tan claros y bien definidos los orígenes familiares de Bolívar por una y otra línea ascendentes, no es explicable que en la sangre del héroe corriese mezclada la de la raza de esclavos, como lo presumen algunos escritores negros que en publicaciones intencionadas, tratan de reivindicar para su provecho la fortuna privilegiada de aquel hombre extraordinario. El mismo Páez, mulato fácilmente reconocible, no

intentó en su descripción inclinar la balanza de coeficientes raciales del lado que pudiera favorecer los fueros de la negrería.

Si en alguna ocasión se ha de abrir un debate científico acerca de la verosimilitud del boceto bolivariano trabajado *ex professo* por el insigne artista bogotano señor Martínez Delgado, ha de saberse de antemano que éste no es un ocasional o improvisado dibujante. Sus mil afortunados ensayos sobre fisonomías lo reve-

lan como un experto diferenciador de rasgos, muy capaz de entregarle a cada grupo humano los atributos anatómicos que le son inherentes. De aquí que nosotros no podamos dejar pasar inadvertido el honrado esfuerzo realizado para presentarnos al Bolívar que su selecta imaginación y su reposado criterio modelaron en un instante de discutible inspiración.

MIGUEL AGUILERA

A propósito de una discutible semblanza de Bolívar

(De *El Gráfico*. Bogotá, 14. IX. 40).

Muy admirado doctor Miguel Aguilera:

Con el mayor interés y con el mayor detenimiento leí su artículo acerca de *Una discutible semblanza de Bolívar*, publicado en la última edición *El Gráfico*. Persona de tan atildado criterio y de tan ricos conocimientos como usted, concedió generosa atención al boceto preliminar que hice de la cabeza del Libertador, boceto que fue reproducido en la revista *Vida*, con motivo de un breve ensayo iconográfico, hace ya varios meses.

Gracias, primeramente, por tanta frase amable que no corresponde a esta labor mía, muy simple y sin merecimientos. Y, secundamente, gracias por ese interesante y juicioso estudio con que usted rechaza, con lucida franqueza y espontaneidad, la interpretación gráfica que hice de las palabras del General José Antonio Páez en el boceto para su retrato del Gran Americano, retrato que aún no he concluido y demoraré mucho en concluir.

Permítame usted, doctor Aguilera —y no en mérito de polémica sobre asunto tan complejo y de tanta responsabilidad como sería el de una pretendida y exacta revaluación de la iconografía bolivariana—, permítame usted conceptuar discretamente sobre las citas y personajes históricos traído por usted en su interesante estudio, así como sobre sus juicios personales sobre las palabras del viejo caudillo apureño, tan decididamente combatidas por usted.

El concepto del General José Antonio Páez, sobre el cual hice el croquis del Libertador, no fue escrito propiamente en época en que su admiración por el genio ilustre se había trocado en franca animadversión; ya Páez había dicho cosa igual o semejante años atrás, al principio de la gran campaña libertadora, cuando tropezó con Bolívar en los Llanos. Aquel día célebre, a la luz propicia de la fogata vespertina, el caudillo que no reconocía otra fuerza que la bruta del puño y otra alma brava que la del desafiador de elementos y otro hombre macho que el del domador de centauros y de torrenteras, dio de manos a boca con un hombre de estatura pequeña, paliducho, mal vestido, feo de semblante, de cabellos menudos, que le miró empero, con ojo tenaz y le habló con voz sonora y metálica. El viejo llanero sintió desilusión del aspecto físico (que para él era un todo) del General a cuyas órdenes iba a someterse con su puñado de valientes. ¡Menguado cerebro el del apureño! ¡Pero qué desencanto más sincero y más poderosamente humano! ¡Y esa emoción y ese concepto de Páez son vitales, ahí, en ese momento! Usted aceptará, doctor Aguilera, que el hombre no mintió entonces, ni pudo equivocarse.

En el retrato posterior que hizo de Bolívar, apenas si agregó que las patillas y los bigotes se los había cortado en 1825 y que detestaba a los españoles. Por lo demás, el resto de la noble semblanza era la misma.

Con todo y mi gran devoción por la literatura bolivariana, yo no he encontrado párrafo

en que Páez presente al Libertador con las visas del tipo negroide, según lo insinúa usted discretamente al desvirtuar un poco la interpretación del concepto que daba aquél sobre la cabeza de Bolívar, "cubierta de crespos menudos". Con todo, estudiadas a fondo las cosas y sin deliberado apasionamiento, Páez tampoco lo niega ni lo afirma, como acontece igualmente con otros historiadores que merecen consideración y crédito. Resulta interesante anotar que ninguno de ellos nos habló del Libertador, como de un tipo de *bella presencia*, a la manera de un Córdoba. Y en los muchos relatos que se hicieron sobre el aspecto físico del héroe, tratóse siempre de poner de manifiesto sus grandes virtudes cívicas y ciudadanas, su grande imaginación e inteligencia, su insuperable contextura moral, y, en fin, todo ese caudal de maravillosos atributos propios del gran hombre y del genio. Pero leyéndolos con gran detenimiento (y éste es un concepto muy personal), allá en el fondo se advierte cierto afán de disimular o de esconder algo que nosotros queremos hallar y no encontramos. Se nota, pues, una especie de laguna en los relatos históricos. Y con esto no queremos insinuar que el Libertador tuviera las características del tipo negroide. En cuanto a lo de "crespos menudos", quiero recordar que el Libertador se cortó casi al rape los cabellos en varias ocasiones, una de las cuales fue seguramente en los Llanos, a causa del calor y para mayor comodidad, y, otra vez, posiblemente en las postrimerías de 1828, cuando Páez, abierto en franca animadversión y rebeldía, escribía en *tiempo presente* su segundo ensayo sobre la fisonomía del Libertador.

No comparto su opinión, doctor Aguilera, cuando dice que el impuso que en los últimos años ha tomado la pintura negra en las tierras de la América española, ha creado en los artistas jóvenes la veleidosa tendencia de impregnar las más castizas fisonomías con los caracteres antropológicos de la raza de color, no pu-

diendo así escapar, el que estas líneas desordenadas escribe, a esa imposición del ambiente continental, al ofrecer la estampa de un Bolívar amulatado y desapacible, no obstante las anotaciones y comentarios de sujetos respetables que lo describieron de otra manera.

Desde luego, la pintura negra ha tomado impulso en la América española, pero no en el sentido trivial de crear fisonomías con los caracteres antropológicos de la raza de color: es, doctor Aguilera, en el sentido vital y constructivo de la masa, del volumen, del ritmo de la forma. Pero éste es asunto que ahora no merece discusión. Y en cuanto a aquello de que no pude sustraerme a la imposición continental, ofreciendo en consecuencia un Bolívar amulatado y desapacible, me permito recordarle que no hice otra cosa que el boceto para un retrato, interpretado fielmente sobre el sincero concepto de Páez, quien en ningún momento describe al Libertador con las visas del tipo negroide, según decíamos anteriormente. Y en el boceto a que aludimos, yo tampoco he podido encontrar características típicas de la raza de color, como pudieran ser, por ejemplo, los senos frontales, el ángulo facial en contraposición con el de Camper, los ejes de los pómulos, los maxiliares y la curva del cráneo. Por lo demás, doctor Aguilera, usted bien sabe cuán lejos he estado siempre de pertenecer a esa escuela que usted nombra y que, dicho sea de paso, jamás he conocido. Ahora, mi distinguido doctor (y perdóneme usted la puntada de buen humor), seguramente el Libertador tuvo también, a la par de todo ser humano, sus largos ratos de melancolía y desabrimiento. ¿Qué de extraño que Páez lo encontrara y que yo lo pintara en ese estado? ¿Un Bolívar desapacible y con el pelo recortado, también pudo ser Bolívar. ¿Quién se atrevería a mostrar una franca sonrisa en la boca de Cristo? Con todo, Cristo rió seguramente en más de una ocasión, sin dejar por ello de ser Cristo. A no dudarlo, no fue con serio talante con que el Maestro de Galilea habló para un centenar de ingenuas cabezas infantiles.

Usted, doctor Aguilera, trae en su interesante estudio, y como documento bolivariano de gran trascendencia, una página del irlandés Daniel Florencio O'Leary, en el cual describe con mucha donosura el retrato de Bolívar. No ponemos en duda la sinceridad de los conceptos del irlandés, que usted, doctor Aguilera, considera excepcionales por su fidelidad. No dudamos de su buena fe, pero sí de su fidelidad y de su veracidad en algunas cosas. Las Memorias de O'Leary, y esto lo dice también el gran historiador Blanco Fombona, es obra de grandes lagunas y grandes equivocaciones, aunque no deliberadas, no perdiendo con ello su gran mérito de documento bolivariano. El retrato de Bolívar, y esto conviene tenerse en cuenta, fue escrito por el que "tuvo trato íntimo y continuado con Bolívar" y por el hombre que en todo momento y ocasión le sirvió y le veneró como a un Dios. Este punto le quita, acaso, seguridad a la fidelidad del esbozo, tan bellamente escrito. Circunstancia tan singular, hace que las palabras de Páez, en la suposición de que éste las hubiera escrito en épocas en que su admiración por el genio ilustre se había trocado en franca animadversión hacia la egregia individualidad de éste, tuvieran igual valor que las de O'Leary, porque parcialidad de juicios y conceptos puede encontrarse así en la gran amistad como en el odio. Pero haciendo a un lado lo que pudiera tomarse como simple sutileza, usted verá, doctor Aguilera, que las palabras de O'Leary no niegan categóricamente las de Páez. El uno habla en pulgadas inglesas y el otro en centímetros, pero las medidas son exactas. La gran diferencia, si así puede llamarse, es de expresión. Co-

Caballeros:

sus vestidos de casimir

Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus vestidos de estilo sastre, sólo la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA BIEN ATENDIDO

Av. Central - Frente a las Cías. Eléctricas
TELEFONO 3283

Solicitamos agentes, servicio remunerado

sa semejante acontece con Jáuregui y Pacheco, cuando presentan la noble semblanza de don Miguel de Cervantes Saavedra. Concediéndole, por lo demás, absoluta fidelidad a Daniel Florencio O'Leary, así como a otros historiadores bolivarianos, tenemos que aceptar que Bolívar era pequeño: cinco pies, seis pulgadas inglesas, es decir, un metro 67 centímetros, como dice exactamente el general Páez (quien tuvo también el cuidado de medirlo), y pese a la opinión del general Henderson, Cónsul de Inglaterra, quien no lo quería de baja estatura. Y usted recordará, doctor Aguilera, cómo cuando aquel amago de conspiración contra la vida preciosa del Libertador, en el Teatro de Colón, poco antes de aquella segunda de la noche septembrina, usted recordará cómo aquél no se veía, de tan pequeño, cuando don Francisco de Paula Santander se le puso a manera de generoso guardián, abriendo los brazos entre el apretado tumulto para protegerlo. Y don Francisco de Paula Santander no era de estatua gigantesca, como pudimos comprobarlo hace ya tiempo. Por lo demás, el mejor y más fidedigno documento al respecto, lo encontramos en las propias ropas del Libertador, muchas de las

cuales se conservan al alcance de la mano.

Casi ninguno de los retratos del Libertador que usted menciona serían de gran ayuda para un estudio iconográfico del héroe, en cuanto se refiere a las representaciones *de visu* de pintores y dibujantes que, según usted, gozaron de su inefable presencia. Esa inefable presencia no la gozó David D'Angers, quien no conoció al Libertador e hizo su mediocre medallón por referencias de terceros, lo que no aconteció cuando trazó el perfil soberbio de Santander. Tampoco lo conoció Bate, ni Gill el inglés, ni Maurin el francés, quien hizo su grabado sobre el retrato del peruano Gil. Este último hizo dos retratos del Libertador que merezcan referencia, el segundo de los cuales, terminado en 1826, fue concluido del natural, aunque sin tener en cuenta las proporciones del modelo, como puede verificarse, y el héroe aparece allí como un personaje de opereta romántica. Algunos de los rasgos fisonómicos los tomó Gil de otro boceto que había hecho con anterioridad, de medio cuerpo y sobre el cual escribió Bolívar, de su puño y letra, que había sido "realizado con la más grande exactitud y semejanza". Este estudio afortunado, seguramente el más

próximo al héroe, es el de un hombre "decididamente feo", a la manera de Páez y de un hombre de "semblante melancólico", a la manera del propio general Henderson, cosa que usted tampoco acepta cuando dice que mi Bolívar tiene un gesto desapacible, esto es, melancólico. Por lo demás, eliminando por mera curiosidad los cabellos del boceto inicial de Gil, yo me he encontrado con el rostro avinagrado de un hombre semejante al descrito por Páez, sin que pueda decirse que el artista peruano no pudo escapar entonces a la "imposición continental de impregnar la más castiza fisonomía con los caracteres antropológicos de la raza de color".

Ojalá se abra en alguna ocasión, como usted mismo sugiere, un debate científico acerca de la verosimilitud del perfil bolivariano, que dé como consecuencia su cabal y exacta interpretación pictórica o escultórica. Es labor ardua, pero no dudamos de su posible realización. Y dando a usted las gracias otra vez por su generosa y estimulante crítica, me presento como su admirador y amigo.

SANTIAGO MARTÍNEZ DELGADO

Noticia de libros

(Índice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras).

Donación de la Biblioteca Nacional, Tegucigalpa, Honduras:

Ester, la cortesana, por Antonio Bermúdez M. Tegucigalpa, 1939.
(Novela?).

José Justo Milla (Estudio biográfico). Por Rómulo E. Durón. Tegucigalpa, 1940.

En la Biblioteca de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras.

Prismas, por Antonio Bermúdez M. Tegucigalpa.
(Son artículos).

Nimbo, por el canónigo Rafael Moreno Guillén. Tegucigalpa, 1939.
(Son artículos).

El dominio insular de Honduras, por el Prof. Gustavo A. Castañeda. 2da. edición. 1939.

(En la Biblioteca de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras).

Los forjadores de Honduras colonial. La conquista pacífica de Honduras. Héroes y mártires. Por el Lic. Prof. Ernest

Alvarado García. Tegucigalpa, 1938.
(Ediciones de divulgación histórica de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras).

Antología de poetas hondureños 1869-1910. Tegucigalpa, 1939.
(Dibujos de Euceda).

*

Envío de la autora: *Estudio del folklore sagüero*. Dirigido por la Dra. Ana María Arissó.

(Investigación realizada durante los cursos de 1938-1939 y 1939-1940 por los alumnos de Gramática y Literatura Hispano-Cubana del Instituto de Segunda Enseñanza de Sagua la Grande, Cuba).

*

En las Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, cuya Dirección de Cultura nos los envía: los tomos I y II de la *Antología de la moderna poesía venezolana*. Caracas, 1940.
(Colección *Antologías*).

*

Por la Editorial *Cecilio Acosta*, de que es Director J. A. Cova (Madricés a Ibarra (al-



tos) N° 6-1. Caracas, Venezuela) nos llegan:

Filosofía Constitucional, por José Gil Fortoul. Prólogo de J. A. Cova. 3ra. edición. Caracas, 1940.

Ideario político de Simón Bolívar. Selección y notas de J. A. Cova, prólogo de Marius André. Caracas, 1940.

*

Cortesía de los autores:

Manuel del Cabral: *Biografía de un silencio*. Editorial *Tor*. Buenos Aires.

(Son versos). Con el autor: Legación Dominicana, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Alfredo Rivas Monterroso: *El sublime misterio*. San Salvador, 1940.
(Versos).

Augusto Saccotto Arias: *Sismo. Exhortación a la muerte*. Poemas. Editorial "Asia-América". Tokio, 1940.

Con el autor: Apto. 786. Quito. Ecuador.

Pedro García Lopenza: *Greda*. Poemas. Caracas, 1939.

Con el autor: Sociedad Bolivariana de Venezuela. Centro Principal. Apto. postal 874. Caracas, Venezuela.

El epígrafe significativo del autor: *Hay que ser más de América, para que América sea más nuestra*.

Eduardo Martín-Pastor: *La vieja casa de Pizarro*. Prólogo a su historia e Índice a su novela.

Con el autor: Cajamarca, 448. Lima, Perú.

Discurso y digresión sobre Victorio Macho. Por Eduardo Martín-Pastor. (Un cuaderno).

Oscar Rojas Jiménez: *Isla*. Ediciones Grupo *Viernes*. Caracas, 1940.
(Versos).

Con el autor: En *El Universal*. Caracas, Venezuela.

Dr. E. GARCIA CARRILLO

Médico-Cirujano

ELECTROCARDIOGRAMAS

METABOLISMO BASAL

Corazón - Aparato Circulatorio

Consultorio: 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

TELEFONOS: 4328 Y 3754

Raafel E. Moscote, B. A. (Columbia University), Prof. de Civilización y de Historia en la Universidad Nacional de Panamá: *Aspectos de la Civilización Occidental* (1ra. parte). Panamá. 1940. (Envío de Berta Quesada de Moscote. Señas: Escuela Normal. Santiago. Rep. de Panamá).

Lázaro Liacho: *Pan de Buenos Aires*. (Poemas). Librería Anaconda. Buenos Aires.

Con el autor: Rivadavia 578. Buenos Aires, República Argentina.

Arturo Agüero: *Romancero Tico*. San José de Costa Rica. 1940.

Silverio Boj: *Ubicación de Don Segundo Sombra* y otros ensayos. Tucumán. 1940.

Con el autor: Monteagudo 160. Tucumán, Rep. Argentina.

Edgar Ubaldo Genta: *La Epopeya de América*, poema dramático continental, en un Prólogo lírico, tres Epocas heroicas y un Himno triunfal. Nueva edición. Montevideo. 1940.

(Con el autor: Quilí 1414. Montevideo. Uruguay).

Memorias del Gran Mariscal Don Luis José de Orbegoso. 2da. edición. Lima. 1939.

Envío del nieto, Luis José de Orbegoso. Negociación Agrícola Chiquitoy. Trujillo. Perú.

Mercedes Maiti de Luarca: *Teatro Infantil*. San Salvador, septiembre de 1940.

Luis B. Prieto F.: *Apuntes de Psicología para la enseñanza Secundaria y Normal*. Ediciones Morelos. México, D. F. 1940.

Con el autor: Librería del Magisterio. Cruz Verde a Zamuro letra B. Caracas, Venezuela.

Andrés Sabella: *La sangre y sus estatuas*, Poemas 1935-1939. Santiago de Chile. 1940.

Con el autor: Correo 21. Santiago. Chile.

*

El 1er. tomo de la edición oficial de las Obras Completas del poeta Pedro B. Palacios (*Almafuerte*) nos llega de manos del gran amigo, español ejemplar y librero, Martín García: *Poesías de Almafuerte*. La Plata. 1930.

Solicitarla a Martín García e hijo. Av. 7 núm. 1119. La Plata. Rep. Argentina.

Manifiesto de la Junta de Recuperación de las Malvinas

(Envío de la Junta)

El 3 de enero de 1833 —han transcurrido ciento siete años— Gran Bretaña, sin títulos de soberanía, se apoderó de nuestras Malvinas por un abuso de la fuerza.

El 28 de diciembre de 1831, el comandante de la corbeta de guerra norteamericana *Lexington*, a raíz de actos legales realizados por el Gobernador Vernet, saqueó, por orden de su gobierno, la Colonia de Puerto Soledad, apresó a seis ciudadanos de la República, destruyó el fruto de un honesto trabajo de muchos años y declaró a las islas argentinas "libres de todo gobierno".

La actitud inconcebible de Estados Unidos facilitó la invasión británica, que se produjo poco tiempo después.

En efecto: en plena paz continental, el 2 de enero de 1833, llegó la corbeta inglesa *Clío* a Puerto Soledad, donde se encontraba nuestra goleta *Sarandí*, al mando del capitán don José María Pinedo. El comandante del barco británico expresó al argentino que en plazo de veinticuatro horas debía arriar su bandera y abandonar la isla. Pinedo no quiso abatir el pabellón sagrado de la patria y protestó altivamente contra la violación de los derechos de la República. Pero la fuerza sin derecho se impuso, y desde entonces flamea en las Malvinas una bandera extraña.

Buenos Aires se conmovió hasta lo más hondo. El gobierno argentino informó del atentado a las repúblicas hermanas del Continente, y dió instrucciones para la defensa de nuestros derechos a don Manuel Moreno, plenipotenciario en Londres.

En Washington no pudo sorprender el atropello cometido contra la soberanía de un pueblo americano, en plena paz, por una nación europea, lo que era explicable, pues

la complacencia del gobierno de Washington (lo ha afirmado el publicista estadounidense Julio Goebel, profesor de la Universidad de Yale) el de Londres se hubiera abstenido de invadir el Archipiélago.

Los argentinos mantenemos, con serena firmeza, la esperanza de recuperar las islas, a su tiempo, y por los medios jurídicos que corresponden a la política internacional, sostenida invariablemente por nuestros gobiernos. Mientras tanto, para impedir la prescripción de sus títulos de soberanía, la Argentina renueva periódicamente su demanda ante Gran Bretaña, considerando, a la vez, al Archipiélago, como jurisdicción nacional, y como argentinos, a los hombres que en él nacen.

Hemos procedido siempre con un espíritu de justicia, que es paradigma en la historia, y por eso tenemos fe en el derecho, que arraiga en lo más hondo de nuestra nacionalidad. La fuerza sin razón no ha conseguido nunca seducir ni atemorizar a nuestro pueblo.

Con estas ideas se ha constituido la Junta de Recuperación de las Malvinas, formada por argentinos de todas las tendencias, que se vinculan merced a un anhelo común de justicia.

Aspiramos a forjar la conciencia colectiva del país respecto de nuestra soberanía sobre la tierra usurpada, sin perturbar en lo más mínimo la acción patriótica del gobierno argentino, ni herir los sentimientos del extranjero. Sin desplante, sin estridencia, serenamente, procederemos con la cautela y reflexión que exige tarea tan delicada y responsable.

La recuperación de las Malvinas se producirá en virtud de los títulos que posee nuestro país y de la fe en el derecho que

nos impulsa. Será una obra realizada por el esfuerzo exclusivo de los argentinos; esfuerzo que se aplicará también a impedir que toda nuestra economía esté en manos de los extranjeros.

La Junta de Recuperación de las Malvinas, en el 107º aniversario de la toma del archipiélago por una nación poderosa, hace un llamado a la juventud, cuya cualidad específica es la de anteponer los valores del espíritu a los intereses materiales, para que se incorpore a la cruzada que emprendemos. Ella, en primer término, debe protestar contra el abuso de la fuerza de que fuimos víctimas, lo que lleva implícita la protesta contra toda violación de soberanía de los pueblos débiles por naciones prepotentes, ávidas de expansión y de dominio.

Estamos asistiendo a un proceso de desintegración moral que relaja los caracteres y prepara a los hombres para la servidumbre. Parece haberse levantado en el mundo un nuevo altar al miedo. Está en peligro el porvenir del hombre, que corre el riesgo de ser avasallado y convertido en ciego instrumento de fuerzas materiales. Y debemos evitar que ese proceso tenga repercusión entre nosotros, para que no se produzca la destrucción de los valores morales.

Defendiendo nuestros derechos contra el fuerte, sin apartarnos de nuestra línea recta de idealismo que nos ha dado jerarquía espiritual en el mundo, estamos contra todas las empresas liberticidas, en las cuales carece de valor la palabra empeñada con el débil, siendo, por lo tanto, ilusorio todo pacto o compromiso.

La Junta de Recuperación de las Malvinas espera confiada en la justicia, y afirma sus derechos argentinos, en esta hora incierta en que en el otro continente se escarnea y se suprime el derecho, para reemplazarlo por el poderío y la avidez.

Presidente: senador nacional Dr. Alfredo L. Palacios; Vicepresidentes: Dr. A. Gómez Langenheim y D. J. Ford de Halle; secretario general: Sr. Juan Carlos Moreno; secretarios: señores Juan B. Magaldi y Raúl P. Bassani; vocales: Ing. José Cillely Vernet, Dr. Santo S. Faré, Gral. Juan B. Ithurbide, Dr. Laurentino Olascoaga, Dr. Carlos Obligado, Dr. Ramón Doll, Sr. Rafael Jijena Sánchez, Dr. Arturo Palenque Carreras, Sr. Alberto Ezcurra Medrano, Sr. Carlos E. Duchini, Sr. Rodolfo Itazusta, Ing. José Manuel Moneta, Sr. Guillermo Perkins Hidalgo, Sr. Alberto Bernaudo, Sr. Alfredo Uriburu, Sr. Eduardo S. Castilla, Sr. Alberto Alvarez Hidalgo, diputado nacional Sr. Manuel L. Castro Frediani, Dr. Juan G. Beltrán, Sr. Ernesto Navarro Sarmiento, Sr. Jorge Strauss Rolón y Sr. Carlos Castañé Torres.

Buenos Aires, enero 3 de 1940.

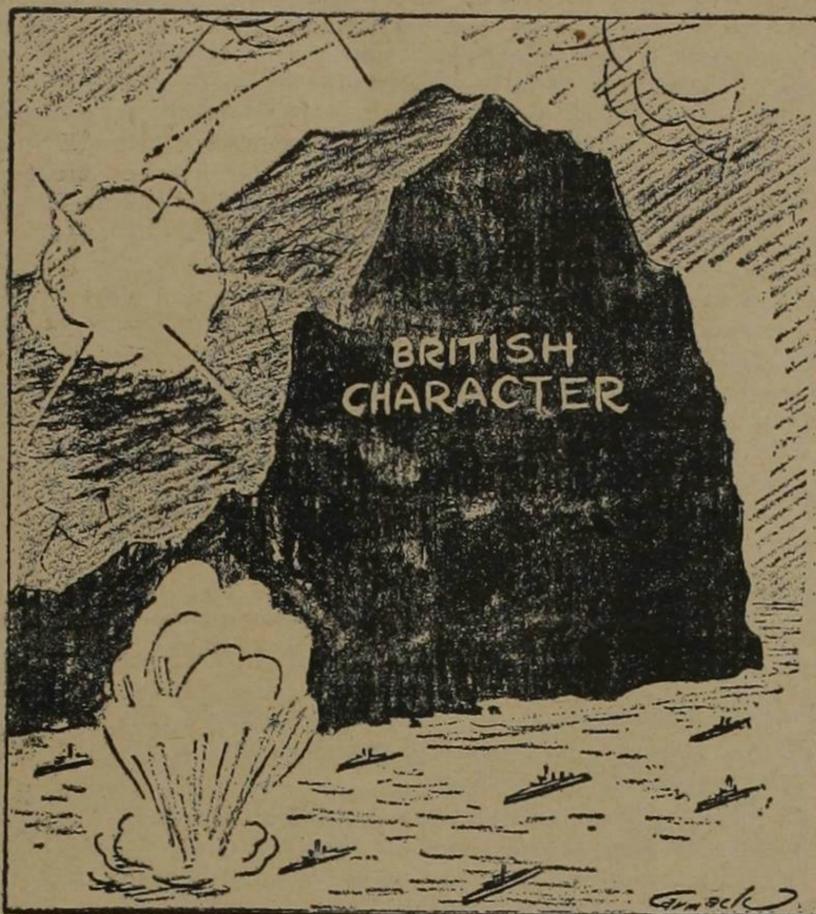
Si Ud. reside en la Rep. Argentina,
pida la suscripción a este
semanario a la
AGENCIA INTERNACIONAL
DE DIARIOS
A. Barna e Hijo - Buenos Aires
Lavalle 379. - U. T. 31,
Retiro 4513.

La roca británica

(De *Argentina Libre*. Buenos Aires, 29, VIII, 40)

Casi simultáneamente con el desmoronamiento de Francia anunciaron los periódicos y las radiodifusoras de Berlín la inminente destrucción de Gran Bretaña. La prensa italiana se individualizó por su insistencia en esos anuncios: las alas italianas y aun sus veloces naves se asociarían a la empresa de invasión, destinada a pulverizar las islas. En aquellos días impresionaban hasta el estremecimiento esos vaticinios, que formaban parte, por lo demás, del plan germánico. Ocupados los territorios de Holanda, Bélgica y Francia en una acción de pocas semanas, el mundo se hallaba perplejo y dispuesto a no poner en duda la reciedumbre de la organización alemana, su capacidad de agresión y su posibilidad de empeñarse en un ataque decisivo contra la masa central del imperio británico. Cada hora que pasaba parecía acercar el instante supremo. ¿Cómo se realizaría el asalto? ¿Iría el ejército del Reich cargado en barcos, en gigantescas almadías, en transportes abigarrados que pertenecieron a las naciones vencidas y sojuzgadas, para abordar las costas bajo la protección de sus aeroplanos? En estas cavilaciones agostadoras, tejidas por los corresponsales y comentadas por los estrategas, transcurrieron, no sin asombro del espectador desparovido, unas cuantas quincenas sin que la faena bélica sobrepasara las ordinarias incursiones aéreas. Probablemente, el señor Hitler estaba detallando su programa, ajustándolo en sus pormenores, e introduciendo en su ejecución los recursos espantosamente ingeniosos y las sorpresas antiestratégicas con que desconcertó a los generales polacos y franceses. Es lo que pensaban todos en presencia de la tardanza que mostraba el invasor de Europa. Y a medida que se postergaba la tentativa de invasión, más inquietud despertaba en los que ven en la guerra anglo-germana, guerra mundial, a pesar de su aparente reducción a dos antagonistas, el dilema de mayor trascendencia que la historia haya planteado a la humanidad. ¿Comprendería, tal vez, el señor Hitler que Gran Bretaña representaba un obstáculo de naturaleza muy distinta del que le ofrecieron los otros pueblos, ya por su pequeñez física, ya por su descomposición interna? Es lo que comenzamos a creer, sin que nos abandonase la incertidumbre angustiosa los que aspiramos al triunfo de la civilización; lo creíamos y no nos atrevíamos a manifestarlo, pues no se ignora lo que significa Alemania en el poder y en la inventiva del mal aplicados a la instrumentación de su propósito.

La invasión de la tierra británica, por abordaje o desembarco, se fué dilatando y se transformó en una batalla aérea de creciente envergadura, hasta llegar al despliegue de dos mil aparatos de bombardeo y de caza bajo el cielo bri-



El verdadero Gibraltar

Churchill

(De *Centro América*, San Salvador, octubre de 190).

Envidio, con la buena envidia de que habla Cervantes, a este verdadero y gran estadista, que hoy personifica las más nobles virtudes del pueblo inglés: serenidad ante el peligro; frío e indomable valor; resolución firme, paciente, tenaz; fortaleza estoica ante las acometidas del destino.

¡Un hombre libre batiéndose a la cabeza de un pueblo libre, defendiendo el suelo de la Patria y el aire reconfortante de la libertad!

Con él está toda mi simpatía, todo mi respeto y toda mi admiración.

En sus palabras vibra la historia entera de la Inglaterra del Hábeas corpus, de la carta magna y del Parlamento creado por la voluntad nacional y donde cada presidente habla y procede con la digna libertad de los senadores romanos que formaban —según Pirro— una asamblea de reyes.

Con la grandeza de su pensamiento de genial estadista y con el verbo de tribuno se enfrenta a la violencia de Hitler y a la provocación de Mussolini sin descuidar un minuto la acción decidida, certera y fecunda.

Piensa, habla y obra en momentos trágicos de la humanidad, representando la gran causa mundial del derecho frente a la fuerza.

¡Cómo lo envidio!

Si triunfa, le rodeará la gloria de Pitt, cuando se enfrentó a la brutalidad napoleónica; si sucumbe, repetirá el gesto épico del senador Papiro en el Senado Romano ante la fuerza ciega de la brutalidad victoriosa!

¡Cuánto lo envidio!

SALVADOR MENDIETA

PAGAREMOS bien los ejemplares del No. 2 del tomo XXVI de este semanario que nos traigan, o nos remitan en buen estado. Diríjase al editor de *Rep. Amer.*

tánico. Durante ocho días se desarrolló la contienda con progresiva intensidad. Los aviadores ingleses rechazaban al enemigo volador, abatían sus máquinas y extendían sus vuelos, a la vez, hacia objetivos militares en Alemania, en Italia, en los centros nerviosos de la costa holandesa y francesa. Esa enorme batalla terminó con una derrota alemana.

Interprétese como se quiera sus consecuencias presumibles, desde un punto de vista germanófilo o neutral, dé vuelta según lo desee el crítico la explicación de los hechos; el resultado imparcial de sus consideraciones le llevará a la conclusión, de que la aviación alemana quedó derrotada en esa aventura, a la cual siguió una pausa de reposo y de cansancio, disimulada trabajosamente con apariciones aisladas y bombardeos esporádicos, en tanto castigaban los aviones británicos las ciudades germánicas o las italianas, con tenacidad eficaz. Ya sabemos que no se detendrán ahí las intenciones del señor Hitler. El combate se reanuda y se ahonda, tornará a reanudarse y a agravarse de trecho en trecho, en una curva ascensional, con alternativas oscilantes, con rendimientos opuestos. No se trata de desconocer lo que es el Reich como fuerza agresiva ni cabe forjarse ilusiones respecto de una verosímil caída en la pusilanimidad. Mas es evidente que por algo no ha invadido esa fuerza desencadenada el suelo de la metrópoli imperial. Caen en la cuenta los directores alemanes de que Gran Bretaña no es un país carcomido ni ha dejado de ser esa unidad formidable e ingente que desnucó a las potencias de la Europa Central en la guerra de 1914. Consta a esos directores técnicos del señor Hitler que Gran Bretaña ha formado un ejército de cuatro millones de hombres, con sus pertrechos en incesante aumento, con las fábricas en ebullición, con el pueblo puesto de pie, erguido el espíritu y la voluntad tendida como una cuerda de arco. Por eso no intenta Alemania llevar a cabo la invasión, y acaso no lo intente en adelante, sino en un trance desesperado, posiblemente en la certeza de que la contingencia de un desastre es un albur ineludible para una dictadura. Todo ello demuestra que Gran Bretaña, el imperio británico, constituye una inmensa conjunción humana dispuesta a no intimidarse en ninguna circunstancia ante la amenaza del Reich. Esa antigua dignidad inglesa, esa antigua consistencia en la resolución, electriza nuevamente al pueblo de las islas, que reencuentra en el peligro más profundo que conspira contra su vida nacional sus memoriales virtudes de heroicidad, de resistencia, de gravedad moral. Caen las bombas sobre las heredades campesinas, las aldeas laboriosas, sobre la felicidad eglógica de la Inglaterra rural; destrozan case-

ríos apacibles, asoman en el horizonte de las ciudades, se deshacen en incendios en los suburbios de Londres. La gente lo presencia sin buscar traidores con quienes entenderse, sin doblarse de miedo, sin anhelar una paz disminuida. Esta admirable gente pertenece también a una milicia que aguarda al salteador nazi y trabaja con los cuerpos armados en la obra de salvación universal, al esforzarse en la salvación de Gran Bretaña. Esa gente serena, callada, honda de conciencia, integra con el soldado, con el aviador portentoso, con el marino genial, con el minero y con el labrador, el bloque británico, la inabarcable roca británica desde cuyas calcáreas puntas se tienden sus

navíos por las dispersas rutas del globo, acostumbrados a la brega de limpiar y de tapar los mares. Y ese uniforme bloque, esa dura roca, se ha cubierto de cañones, para luchar contra los poderosos regimientos alemanes. Y cuando Inglaterra lucha, el mundo sabe que su destino se decide. Si esa lucha persiste, se acrecienta la seguridad de que su adversario perecerá. Podrá alargarse la guerra, costar inenarrables sacrificios, llenar de dolor al género humano, mas terminará como terminaron siempre las luchas de esa pesada cantidad histórica, de ese gigantesco haz movido por un sentimiento y por proezas que se vinculan a la existencia de la civilización. Ya lo ha verificado el cuartel

general del Reich: ha tropezado con la roca británica y resultaron infructuosos sus primeros intentos de escalarla o de barrerla con el fuego. Inglaterra guerrera, el imperio multirromano compromete en esa partida de sangre y de muerte su decoro y su porvenir, y guerrea con tanta destreza, con tanta altivez, que la ola invasora no tiene más remedio que detenerse, retroceder, esperar, aunque la espera implique la iniciación de su agonía. Conforta la actitud de Gran Bretaña, y prueba que si Francia hubiese estado organizada con previsión y sus gobernantes, sus jefes, su pueblo hubieran ido al encuentro de los invasores con igual entereza de ánimo—quien dice Francia, dice Bél-

gica y Holanda,—hoy estaríamos cerca de la rendición de Hitler. En realidad, la potente situación de Gran Bretaña evidencia que el ejército alemán pudo destruir fácilmente los países que ocupa, no porque es irresistible, no porque es monstruosamente invulnerable, en su coherencia de alud, sino porque no chocó hasta ahora con pueblos sólidos, con una nación unida capaz de enderezarse y afrontar conscientemente la disyuntiva de vencer o morir. Gran Bretaña combate con el enemigo del mundo y el mundo ya empieza a fortificarse en su fe, a percibir a lo lejos la luz que ilumina su dolorosa esperanza.

ALBERTO GERCHUNOFF

Con los jóvenes...

(Viene de la pág. 8)

persiguiendo desde que salí de Buenos Aires. Buenos Aires vive de su pasado pero su presente es muy inferior a su pasado. A mi vuelta esta sensación se ha acentuado mucho. En un año de ausencia casi no se ha construido en la ciudad nada nuevo. Las obras públicas sin acabar como hace veinte años, las leyes como hace veinte años, las compañías extranjeras dueños y señores del país como hace 20 años, la política conservadora como hace 20 años y por todas partes el despilfarro y el desorden como hace veinte años y lo que es más grave, esa conformidad animal de la gente con su destino: hoy como hace 20 años los argentinos piensan que su ciudad es la más grande, la más linda y la más rica del mundo y que en ninguna otra parte se vive mejor que aquí. ¿Cómo hacerles entender a estas gentes que se han tapiado los oídos que vivimos muy mal y que tenemos el deber y el derecho de vivir mejor? Pero qué le importará a Ud. de todo esto.

...¿Que si me importará? — Ya lo creo que me importa, acaso más que a ella que piensa sólo en su Argentina. Yo pienso en todas las Argentinas, hasta en la de allá, la de ultramar. Pero no se lo envío para lloriquear otra vez, sino para sacar lección. Volvemos otra vez a que "no hay gente", "la juventud vive sofocada, angustiada y asqueada", dice la argentinita. Lo mismo decían en España. No tenía pulso, era invertebrada, como pulpa sin hueso, ni epidermis. Ya se ha visto si tenía vértebras, médula y sangre. La derramó en balde porque los arielistas que la hacían invertebrada no supieron proponer nada mejor que una sangría. Ahora los fascistas españoles al acordarse de los arielistas emigrados les llaman fantasmones. Y en verdad...

La juventud americana debería deshacerse de esta impresión de inferioridad delante del fantasmón político, intelectual o financiero. Si la juventud española en 1905-1909 se hubiera decidido a barrer con los fantasmas se hubiese evitado la revolución y la dictadura que profetiza la argentinita para su tierra. Los jóvenes americanos se sorprenderían de su tremenda fuerza si la pusieran en acción. Un pequeñísimo grupo de hombres jóvenes —en el sentido de ser modernos— arrastraría el país.

Naturalmente que tendrían que ofrecer un programa —un mínimo programa radical, no vaguedades ni arielismos.

Cuando éramos jóvenes recibimos en España la gran doctrina de Don Francisco Giner — "el espíritu es lo que cuenta— no el contenido, no las ideas, sino el continente, el espíritu con que las ideas están animadas." Esto daba poca importancia a los regímenes políticos, a los credos religiosos, a los protocolos de la moral. Todo dependía de si el régimen se imponía con humanidad o patriotismo, si el credo se aceptaba con fe y si la moral se sentía como un imperativo en la conciencia. Esto era en 1905-1909. Hoy, por lo que a mí toca, he venido a creer que un continente o vasija bien labrada y a propósito para algo produce su propio contenido espiritual. Acaso este extremo suene a paradoja, pero estoy tan harto, Don Joaquín, de los espíritus puros —fantasmones otra vez— como de los cuerpos sin espíritu. Sí; hay que reunir esta juventud "sofocada, angustiada, asqueada" que puede tener 15 años o puede tener 60. —Hay que animarles a que redacten un programa mínimo, y lo lancen —¿qué lanzar!— lo impongan! —sí, lo impongan a sus pueblos—. Programa mínimo quiere decir una constitución actual y para gentes de 1940, no de 1840. —¿Qué del maldito parlamento? — ¿Qué de la elección y reelección del ejecutivo? — ¿Qué de la nacionalización de servicios públicos y grandes industrias? — ¿Qué de la riqueza nacional minera? —¿hay que venderla, arrendarla o explotarla? — ¿Qué de los latifundios?... ¿Esto es contenido? Para los fantasmones arielistas sí —puro contenido— el continente, el espíritu está más arriba. Adiós, don Joaquín querido, se acaba el papel. Un abrazo bien fuerte de P.

JOSÉ PIJOÁN

En la Librería y Editorial
NASCIMENTO
puede Ud. suscribirse a este
semanario.

Señas: Ahumada 125
Casilla 2298

Teléfono 83759 - Santiago de Chile

Por un chorro de agua

(De Cuentos del tío Lino. Lima, octubre de 1940. Envío del autor).

Un día cualquiera, el tío Lino viene, desprevenido y meditabundo, por estas tierras fragosas, cuando, intempestivamente, se da de manos a boca con la indómita bestia de su hazaña anterior. El encuentro se realiza en una cuchilla de la hondonada. No existe en ella posible, ni emergente ruta de escape. El tío Lino se encuentra en una trápala, tembloroso, copado y sin salida.

En el ángulo del valle no hay sino el despeñamiento de una catarata, una fluencia torrentosa, un delgado chorro de agua. El agua cae cristalina, saludable y sonora. Sin embargo, el tío Lino no ha perdido del todo su serenidad. Su miedo tremendo no es sino la sana conciencia de su valor serenísimo. Por último, resuelve encontrarse, por sí mismo.

¿Qué hacer? ¿Qué decir? El genio tutelar del tío Lino le alumbraba, nuevamente, la buena imaginación del hombre abundante en recursos. Entre tanto, la bestia ha arrancado la carrera a todo empuje y poder. Al ver esto, el tío Lino no hace sino agarrarse al chorro de agua y subir por él, subir, subir, como por un amable hilo de salvación.

Ha ascendido por él, como asciende cualquier funámbulo, por una cuerda de maroma. Así ha logrado ponerse fuera de peligro. Así ha podido salvarse de la ferocidad monoica de la bestia. Así se ve que su susto cristalea—va cristaleando— en el agua.

No obstante ello, el toro se dispone también a subir, todo emberrechinado, por el chorro, por la fluencia del agua, imitando la grandecia, en la acción, de nuestro gran hombre. Ya el animal va a ultimar su hazaña, pues está próximo a tomar orillas, cuando se le ocurre, al prudente tío Lino, cortar el chorro de agua, con el punzante filo de su machete, que lleva en la cintura.

Entonces la indómita bestia cae herida y nuevamente burlada. Un bronco golpe, desde lo alto, apaga las linfas de las aguas.

FIDEL A. ZARATE.

Lima, octubre 1940.

Con A. VICENTE & Co.
P. O. Box 241

San Juan de PUERTO RICO
consigue Ud. este Semanario

Rubén Darío...

(Viene de la segunda página)

guna de las adquisiciones anteriores, ha enriquecido prodigiosamente la lírica de nuestra lengua.

Todo este mundo de maravilla fué descubierto y conquistado por el pequeño grupo de los poetas nuevos a cuya cabeza se encontraba Rubén Darío. Y cuando, en la iniciación de su gloria, llegó a las orillas del Plata, vimos ya sobre sus hombros el manto de armiño. Más tarde, al sentimiento admirativo, se unió, en aleación preciosa, el afecto profundo y la adhesión cordial, porque se nos había revelado su grande alma de niño y de artista.

Y quiero hablaros de esa alma de excepción, de la que sólo conocéis quizá lo que puede descubrirse al través de sus versos admirables y de su prosa resplandeciente. Quiero deciros lo que yo he visto, cuando en fraternales intimidades caía un velo de plata sobre su fantasía maravillosa. Sobre ella y sobre su ser todo ha caído ya el tenebroso velo que no se levanta jamás y contra el cual quiebran vanamente sus rayos el sol del amor y el sol de la gloria.

Nadie sintió el horror de la muerte con mayor angustia. Nadie amó la vida con amor más intenso. El sabía acaso que la ciencia más profunda es la ciencia de la felicidad, y que cada instante que pasa encierra tal vez una dicha que es preciso extraer como una esencia preciosa. Y no fué feliz, porque nunca supo cómo se busca ni cómo se encuentra la felicidad. Preguntáronle cuál era la síntesis de su vida, y él respondió: "El amor y la consagración al arte". El amor al arte, la consagración al arte. La América toda siguió con atenta y admirativa mirada, durante treinta años, el desenvolvimiento triunfal de esa vida, en la que cada paso afirmaba la preciosa síntesis; pero no alcanzó a ver la inquietud profunda, el temor receloso, la amarga tristeza, que iban creando en ella un fondo oceánico de dudas y de desesperanzas.

Ingenuo en su aspiración a todos los goces; ingenuo en su fe persistente en la eficacia inmediata de la obra de belleza; desorientado cuando se sucedían unas a otras las horas de indecisión dolorosa, de amargura o de tedio; viendo con asombro que la ola de admiración y de aplauso que llegaba hasta sus pies no le traía ni la dicha ni la paz; inquieto, sobreexcitado, vacilante; sin resolverse jamás a aceptar la vida como el miserable azar que es, con su origen obscuro y su monstruoso término; acechando una realidad que huía y un ensueño que se hundía cada vez más en el fondo de su ser. ¡Cuán prematura debió de parecerle la llegada de la Muerte cuando aun no había resuelto ninguno de los problemas de la Vida!

Así era ese espíritu que iluminó todo a su paso sin iluminarse ja-

más a sí mismo. No era posible desconocer la desproporción que había entre su voluntad y su genio; entre la audacia de su fantasía y la timidez de su acción. Autor, en primer término de la más grande de las revoluciones literarias que hayan visto los hispanistas de los cien años últimos, creador de un mundo prodigioso de visiones, de ensueños y de ritmos, no sabía encontrar, ni la palabra ni la acción precisas, cuando se hallaba en presencia de la vulgar realidad. Temeroso y desconcertado, dejábase arrastrar por la corriente incapaz de oponerle otra cosa que la inercia y esperando siempre la intervención misteriosa de lo desconocido y lo imprevisto.

Un psicólogo habría sostenido quizá que todas las actividades de su cerebro estaban subordinadas a la sensación y a la imaginación, y yo puedo afirmar que esa tesis no hubiera estado muy lejana de la verdad. El gran poeta sólo fué un niño de genio.

Sufrieron su influjo poderoso cuantos a él se acercaron, y sus palabras germinaban como el trigo al sol, y, sin embargo, jamás un alma humana ha cruzado la vida con mayor incertidumbre, con mayor vacilación, con más brumoso concepto de la vida misma. ¿Quién al lado de Rubén Darío no se sentía protector y paternal? ¿Y quién no se maravillaba ante esa llama divina, perpetuamente encendida en su espíritu?

El nos ha hablado muchas veces de su fe religiosa; pero su fe era tan sólo un vago misticismo, que se asemejaba a una superstición, con sus infantiles espantos, y que sólo revestía la forma de religión positiva, porque su terror al misterio lo apartaba de las negaciones y hacía palidecer su rostro a la aproximación de la duda. Si en sus últimos días tuvo un recrudescimiento de fe, es preciso no atribuirle mayor valor que a las frecuentes crisis religiosas de los moribundos.

Todo su ser, toda su vida está en su obra de poeta. Más que en las confidencias apresuradas de sus "Memorias", debe buscarse en sus versos las líneas precisas de su autobiografía. Quien ha visto brotar ese raudal de belleza, conviviendo al mismo tiempo con el gran liróforo, sabe que cada una de sus ondas es una página de su existencia.

Cuando no se ve en ellas otra cosa

que arte es porque en esos momentos el arte sólo llenaba su espíritu. Era, en instantes, tan sincero y tan inverosímil como el extático que cuenta sus visiones a un auditorio incrédulo, en pleno mediodía.

Cuanto más ahondo en el recuerdo de ese insigne poeta, a quien amé como a un hermano y a quien admiré como a un artista excepcional—que me escribía, al enviarme su último libro: "Eres el alfa y el omega de mi amistad";—cuanto más me esfuerzo para evocar, clara y sin pliegues esa psiquis que no tuvo nunca complicaciones ni tinieblas, más exactas, más precisas, más definitivas me parecen las palabras con que pretendí definirlo hace un instante; era un niño de genio. Porque el genio literario no es otra cosa, en último análisis, que la potencia superior del vuelo imaginativo, y porque Rubén Darío era crédulo, impresionable, temeroso, imprevisor y voluble como un niño.

En su obra, en cambio, se encuentra siempre la orientación firme y segura; la marcha sin vacilaciones hacia un solo ideal de belleza; entrevisto en sus primeros años, alcanzado más tarde, afirmado luego con creaciones definitivas, velado algunas veces por el lento y largo curso de la vida, creador de ese mundo tenebroso y extraño de lo inconsciente, que produce más tarde, cuando en su misteriosa labor ha intervenido el genio, las grandes obras seculares, para asombro de sus propios autores y de la humanidad.

Es era el poema que debía brotar, profundo y caudaloso, del cerebro del maestro desaparecido para siempre. Ese poema que resumiría las maravillas del Coloquio de los centauros, de la Divagación, del Poema del otoño, de El lobo de Asís y del Himno a la Argentina. Un poema que fuera al mismo tiempo un canto de vida y de esperanza, una concepción filosófica, una visión profética y un clamor.

En cada una de sus estrofas parecía decirnos "Espera..." Desaparecidos los juveniles entusiasmos, realizada su gran obra de la renovación de la lírica castellana; floreciente por todas partes la semilla que arrojó a su paso, el poeta no fué ya solamente el ruiseñor de otros días; cada uno de sus libros marca una etapa de la vía que iba recorriendo su espíritu. Desde la música encantada de "Azul" hasta el dudoso optimismo del "Poema del Otoño"—en verdad saturado de melancolía—hay treinta años de marcha por los senderos de la vida; justamente el doble del tiempo

Tome y lea

F. Dzelepy: <i>Especo de alevosías. Inglaterra en España</i>	7.00
Marcelo Santalo: <i>Los primeros conocimientos de Aritmética y Geometría</i> . Un vol. pasta	3.50
<i>Elementos de tecnología textil</i> . Por J. Carreras Palet. Un vol. pasta	8.00
Rómulo Betancourt: <i>Problemas venezolanos</i>	5.00
F. A. Ursúa: <i>Derecho Internacional Público</i> . Un vol. pasta	15.00

Con el Admor. del Rep. Amer. Calcule el dólar a \$ 5.00.

a que se refería Tácito al hablar de las inevitables transformaciones humanas.

He ahí por qué los que no han hecho ese camino al mismo tiempo que el maestro solían desconsolarse a la aparición de sus obras:—¿Dónde está la frescura matinal del "Azul"? ¿Dónde está el arte divino de las "Prosas profanas?" Pero no preguntábamos así los que habíamos oído en nuestra adolescencia los primeros acordes de ese instrumento prodigioso que pobló después el espacio de inauditas armonías. Era el mismo genio que mostraba sus facetas múltiples y que podía afirmar en su lenguaje incomparable

*Yo soy aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la
(mañana.*

Hoy que ha penetrado en la noche sin límites; mudo para siempre el ruiseñor y muda la alondra; hoy que la obra suya se levanta como un arco iris que abarcara los dos extremos del continente; cuando ya no se puede esperar de él una de esas síntesis que se llaman la *Odisea*, *Don Quijote*, o *La Divina Comedia*, es preciso juntar en un solo tributo de admiración y de entusiasmo cada uno de los entusiasmos, cada una de las admiraciones que siguieron al nacimiento de cada uno de sus libros.

Profunda y conmovida admiración; tributo infinitamente doloroso que irá a la tumba lejana hacia la cual se vuelven todos los espíritus, y que encerrará acaso una voz que le diga:—¡Oh poeta! ¡Oh, dulce, alado, excelso poeta! He aquí que ese ambiente de belleza que creaste viene a rodear como un nimbo tu sien atormentada. He aquí que los ojos que siguieron tus visiones están hoy humedecidos por las lágrimas, y que esas lágrimas caen también lenta y amargamente dentro del corazón, porque ya no volverá a oírse la voz armoniosa del ruiseñor de la sombra y de la alondra matinal; porque los hombres dejaron que tu alma se saturara de inquietudes y de tristezas, y que pasara a tu lado, como realidades, lo que tú sólo alcanzaste a ver como ensueños; porque esperaron que la Esfinge te abriera los brazos para levantar el gran clamor que debió resonar en tus oídos desde el instante en que revelaste tu genio; porque fuiste el único príncipe del arte que ha reconocido toda la América, y en el reparto del botín de tus conquistas sólo permitieron que te reservaras la esperanza, y porque la diadema que pusieron en tu frente no fué más que una diadema de vanas alabanzas, y porque en el castillo de gloria que te ofrecieron no moraban la paz ni la felicidad.

Y acompañará también a esa voz la angustiada voz mía:—¡Oh, Rubén, oh hermano mío; por qué te has ido!

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, niñar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Cuando me puse en contacto con los cartones y fotografías que exhibió Leo Matiz, fue mi primera impresión, ante todo, de asombro por la cantidad de trabajos expuestos. Aquí en América donde tantos hacen por demostrar rasgos geniales y no por tener obra, esa capacidad de trabajo me infundió confianza y me predispuso a su favor, para examinar detenidamente sus dibujos.

Después que he conocido a Leo Matiz a través de muchas conversaciones y también como amigo, en lo que también es un artista, pude comprobar cómo su personalidad está puesta en sus dibujos y fotografías y cómo sus caricaturas se explican y se profundizan conociéndolo. Cuando uno se pone a arreglar el mundo a su manera, piensa que un gran artista no puede ser nunca un necio. Sin embargo, la naturaleza, que contiene todas las excepciones y nos contradice enseñándonos, a veces nos ha demostrado lo contrario. Pero en el caso de Leo Matiz, he tenido el placer intelectual de comprobar que responde a lo que hace, y aún más, que lo que sueña, que lo que apenas aparece abocetado en tanteo, en intención o ensayo, su viva pasión se encargará de hacerlo realidad.

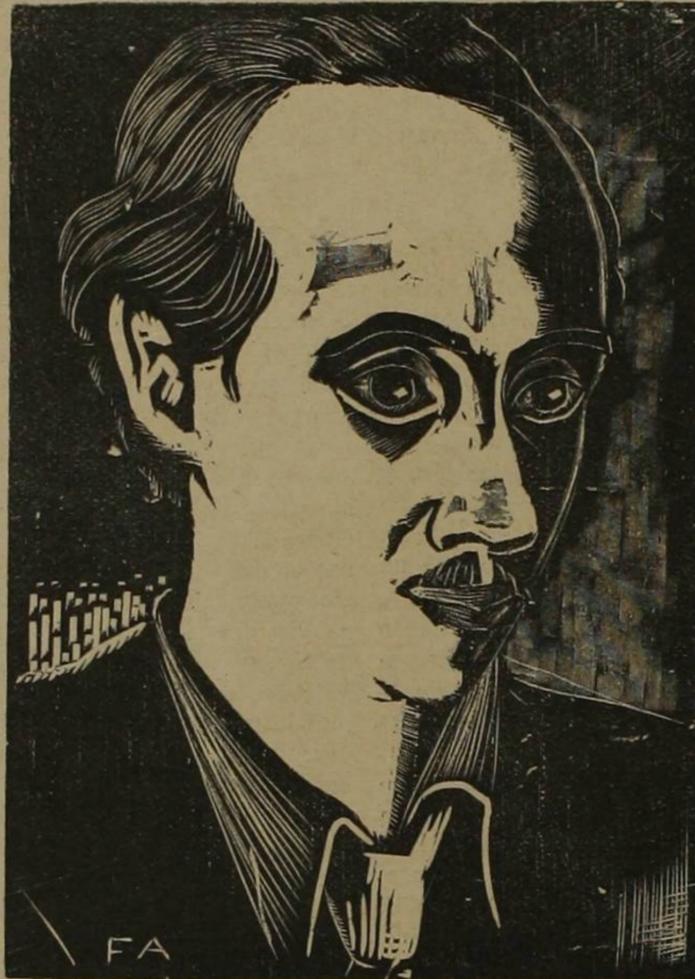
Las acuarelas que expone están hechas con la técnica de la acuarela y sin embargo, son lo menos académico y lo más espontáneo y enérgico; el fragmentario ondular del lápiz y la mancha de color se separan y se divorcian, y es el ojo el que se encarga luego de fundirlas. La pasión y la nerviosidad de Leo Matiz están expresadas en estas acuarelas hechas con la premura de aquel en quien sus ideas o sentimientos se atropellan al querer salir.

El color de sus acuarelas también le pertenece, al darles en manchas brutales o en tonos que se desvanecen, una exaltación cromática que no está en la realidad sino cuando aparece un artista. Hay una maternidad sombreada en un verde vegetal, que se va volviendo dorada en el pecho de la mujer donde da un rayo de luz y en la mejilla del niño, uniéndose la esfera del seno y la esfera de la mejilla como dos frutos de diferente significado.

Vitalidad es sobre todo lo que caracteriza la obra expuesta de Leo Matiz. La cantidad, la variedad, el movimiento y la expresión están en sus acuarelas, en la caligrafía sensible de la tinta china y en sus fotografías; que lo he visto tomarlas, agachándose por los caminos, siguiendo por el suelo como un tigre su presa, o subiendo, para buscar el punto vulnerable en que las cosas entregan su secreto de emoción y de carácter.

Sobre Leo Matiz

(En el Rep. Amer. San José, Costa Rica, noviembre de 1940).



Leo Matiz

(Madera de Fcco. Amighetti. 1940).

El arte moderno ha sacrificado todo a los valores plásticos, cosa que me parece bien como disciplina, pero jamás como finalidad y se ha rodeado de tabus; no hay que ser sentimental, no hay que ser romántico, no hay que contar nada, hay que ser original y absurdo sistemáticamente, etc. etc. El artista que comprende su destino llega hoy con mayor confianza y con menos temores literarios, impulsado sencillamente por la fuerza de lo que busca salida. Hay cosas frías, perfectamente dibujadas que no existen; comunicar vida, hacer palpitanes los monigotes, eso es lo que revela al artista. Y es precisamente

esa parte que no puede aprenderse lo que se da superlativamente en sus dibujos y fotografías.

En sus caricaturas no hay líneas ni detalles que sobren, el vestido, las manos, los zapatos el cuerpo, todo trasuda psicología; están humanizados. El vestido y el sombrero y los zapatos, se hacen de uno al usarlos, tienen sus arrugas que les son propias y se van pareciendo al dueño; tanto es así, que el sombrero colocado en la percha, tiene algo de nosotros. Cuando salimos de la sastrería somos convencionales y estandarizados; el vestido al usarlo se va volviendo nuestro propio cuerpo, y eso lo sabe

Leo Matiz, al aprovecharlo todo, para hacer que hasta el último detalle fútil sea viviente y signifique algo.

Hay caricaturas que me interesan por la síntesis, por la milagrosa sencillez conseguida, otras por el parecido físico, que en algunas personas lo es todo. Otras porque los rasgos morales e intelectuales están expresados en los ojos, en la nariz, en la boca y en el parecido mismo. Y más todavía, algunas no son solamente caricaturas personales sino genéricas, no son la caricatura de tal abogado, sino la del abogado en general, la de tal médico, sino la del médico, la de tal político, sino también la del político.

Como artista expresándose a través de la fotografía, Leo Matiz me parece estupendo. La máquina manejada por él se vuelve sensible; no hay dualidad, la máquina y Leo Matiz son la misma persona como a veces lo son la mano y la espada que la maneja, la mano y el pincel del que pinta. Parece también que la lente de su máquina son sus propios ojos y solo así pueden obtenerse esas bellas fotografías que exhibe, por medio de las cuales he penetrado por las calles de Colombia y he visitado la campiña de su patria.

Me he detenido a ver a los gaminos gritar con su boca redonda los periódicos, los burritos tiernos al lado de los niños. Los pescadores, lanzando su red enorme en el viento en un despliegue de vigor y de habilidad. Los hombres que trabajan en los muelles, los cantores callejeros caminando con sus guitarras; y además del hombre con su fisonomía y su carácter, el paisaje y la arquitectura de las iglesias barrocas y de las calles donde una sombra colonial alimenta las penumbras.

Es posible ser un artista con la máquina, cuando se sabe huir del realismo y penetrar en la realidad; sus fotos evitan los detalles pesados y buscan y realzan los que son expresivos; vemos el brillo de las lágrimas detenidas en la piel y el fulgor plateado de las nubes y adivinamos color y perfume en el blanco, el negro y los infinitos grises plateados de la fotografía.

Leo Matiz, viaja con su país y lo da a conocer en su aspecto íntimo, dramático y exterior también, y creo que con lo que sabe, lo que quiere aprender y las posibilidades de su inteligencia llegará muy alto. "Muy pocos llegan a la gloria, porque muy pocos poseen una gran pasión" escribía Baudelaire, y creo que Leo Matiz es de esos "muy pocos" de que habla el poeta francés.

Entérese y escoja

- Juan Luis Vives: *Concordia y Discordia*. Versión y prólogo de Laureano Sánchez Gallego. México 1940.
Un vol. pasta ₡ 14.00
Antonio Abaunza: *Los valores psicológicos de la personalidad y fenómenos psíquicos de adaptación al ambiente* 3.00

Con el Adr. del Rep Amer. Calcule el dólar a ₡ 5.00.

FRAN CISCO AMIGHETTI